

The background of the entire page is a warm, golden-brown image. It depicts a stone staircase on the left side, curving upwards and leading towards a bright, glowing light source in the center. The sky is filled with soft, golden clouds, and the overall atmosphere is one of hope and divine light.

La Oración que Prevalece

D. L. Moody

La Oración que Prevalece

por

D. L. Moody

Contenido

CAPÍTULO 1. LAS ORACIONES DE LA BIBLIA.....	5
CAPÍTULO 2. LA ADORACIÓN.....	13
CAPÍTULO 3. CONFESIÓN	18
CAPÍTULO 4: RESTITUCIÓN	30
CAPÍTULO 5. LA ACCIÓN DE GRACIAS.....	38
CAPÍTULO 6: EL PERDÓN	44
CAPÍTULO 7. UNIDAD.....	52
CAPÍTULO 8: LA FE	58
CAPÍTULO 9: LA PETICIÓN	67
CAPÍTULO 10. SUMISIÓN	75
CAPÍTULO 11. ORACIONES RESPONDIDAS	82

Prefacio

Los dos primeros y esenciales medios de gracia son la Palabra de Dios y la Oración. Por estos viene la conversión; porque nacemos de nuevo por la Palabra de Dios, que vive y permanece para siempre; y todo aquel que invocare el nombre del Señor será salvo.

Por estos también crecemos; porque se nos exhorta a desear la leche sincera de la Palabra para que por ella crezcamos, y no podemos crecer en la gracia y en el conocimiento del Señor Jesucristo a menos que también le hablemos en Oración.

Es por la Palabra que el Padre nos santifica; pero también se nos manda velar y orar, para que no entremos en tentación.

Estos dos medios de gracia deben usarse en su justa proporción. Si leemos la Palabra y no oramos, podemos envanecernos con el conocimiento, sin el amor que edifica. Si oramos sin leer la Palabra, seremos ignorantes de la mente y la voluntad de Dios, y nos volveremos místicos y fanáticos, propensos a ser llevados por todo viento de doctrina.

Los siguientes capítulos se relacionan especialmente con la Oración; pero para que nuestras oraciones sean por cosas que estén conforme a la voluntad de Dios, deben basarse en la revelación de Su propia voluntad para nosotros; porque de Él, y por Él, y para Él son todas las cosas; y es solo al escuchar Su Palabra, en la cual aprendemos Sus propósitos hacia nosotros y hacia el mundo, que podemos orar aceptablemente, orando en el Espíritu Santo, pidiendo aquellas cosas que son agradables a Su vista.

Estos Discursos no deben considerarse exhaustivos, sino sugerentes. Este gran tema ha sido el tema de Profetas y Apóstoles, y de todos los hombres buenos en todas las edades del mundo; y mi deseo al enviar este pequeño volumen es animar a los hijos de Dios a buscar por medio de la oración «mover el Brazo que mueve el mundo».

D. L. MOODY

CAPÍTULO 1. LAS ORACIONES DE LA BIBLIA

Aquellos que han dejado la impresión más profunda en esta tierra maldita por el pecado han sido hombres y mujeres de oración. Usted encontrará que la oración ha sido la fuerza poderosa que ha movido no solo a Dios, sino al hombre. Abraham fue un hombre de oración, y los ángeles bajaron del cielo para conversar con él.

La oración de Jacob fue respondida en la maravillosa entrevista en Peniel, que resultó en que recibiera una bendición tan poderosa, y en que se ablandara el corazón de su hermano Esaú; el niño Samuel fue dado en respuesta a la oración de Ana; la oración de Elías cerró los cielos por tres años y seis meses, y oró de nuevo y los cielos dieron lluvia.

El Apóstol Santiago nos dice que el profeta Elías era un hombre «sujeto a pasiones semejantes a las nuestras». Agradezco que aquellos hombres y mujeres que fueron tan poderosos en la oración fueran igual que nosotros. Somos propensos a pensar que aquellos profetas y hombres y mujeres poderosos de la antigüedad eran diferentes a nosotros. Ciertamente vivieron en una época mucho más oscura, pero eran de pasiones semejantes a las nuestras.

Leemos que en otra ocasión Elías hizo descender fuego en el Monte Carmelo. Los profetas de Baal clamaron largo y fuerte, pero ninguna respuesta vino. El Dios de Elías escuchó y respondió su oración. Recordemos que el Dios de Elías aún vive. El profeta fue trasladado y subió al cielo, pero su Dios aún vive, y tenemos el mismo acceso a Él que Elías tuvo.

Tenemos la misma garantía para ir a Dios y pedir que el fuego del cielo descienda y consuma nuestras concupiscencias y pasiones, para quemar nuestra escoria, y dejar que Cristo brille a través de nosotros.

Eliseo oró, y la vida volvió a un niño muerto. Muchos de nuestros hijos están muertos en delitos y pecados. Hagamos como Eliseo; supliquemos a Dios que los levante en respuesta a nuestras oraciones.

El rey Manasés era un hombre impío y había hecho todo lo posible en contra del Dios de su padre; sin embargo, en Babilonia, cuando clamó a Dios, su clamor fue escuchado, y fue sacado de la prisión y puesto en el trono de Jerusalén. Sin duda, si Dios atendió la oración del malvado Manasés, escuchará la nuestra en momentos de angustia. ¿Acaso no es este un momento de angustia para un gran número de nuestros semejantes? ¿No hay muchos entre nosotros cuyos corazones están agobiados? Al acercarnos al trono de la gracia, recordemos que **DIOS: RESPONDE LA ORACIÓN**

Miren, otra vez, a Sansón. Él oró; y su fuerza volvió, de modo que mató a más en su muerte que durante su vida. Él era un descarriado restaurado, y tuvo poder ante Dios. Si aquellos que han sido descarriados tan solo regresan a Dios, verán cuán rápidamente Dios responderá la oración.

Job oró, y su cautiverio fue revertido. La luz vino en lugar de las tinieblas, y Dios lo elevó por encima de la altura de su prosperidad anterior, en respuesta a la oración.

Daniel oró a Dios, y Gabriel vino a decirle que era un hombre muy amado de Dios. Tres veces ese mensaje le llegó del cielo en respuesta a la oración. Los secretos del cielo le fueron impartidos, y se le dijo que el Hijo de Dios iba a ser cortado por los pecados de Su pueblo. Encontramos también que Cornelio oró; y Pedro fue enviado para decirle palabras por las cuales él y los suyos serían salvos. En respuesta a la oración, esta gran bendición vino sobre él y su casa. Pedro había subido a la azotea a orar por la tarde, cuando tuvo aquella visión maravillosa del lienzo que descendía del cielo. Fue cuando se hacía oración sin cesar a Dios por Pedro, que el ángel fue enviado para librarlo.

Así que a través de todas las Escrituras encontrarán que cuando la oración creyente subía a Dios, la respuesta descendía. Creo que sería un estudio muy interesante recorrer toda la Biblia y ver lo que ha sucedido mientras el pueblo de Dios ha estado de rodillas clamando a Él. Ciertamente, el estudio fortalecería grandemente nuestra fe, mostrando, como lo haría, cuán maravillosamente Dios ha oído y librado, cuando el clamor ha subido a Él pidiendo ayuda.

Miren a Pablo y Silas en la prisión de Filipos. Mientras oraban y cantaban alabanzas, el lugar fue sacudido, y el carcelero fue convertido. Probablemente esa conversión ha hecho más que cualquier otra registrada en la Biblia para traer personas al reino de Dios. ¿Cuántos han sido bendecidos al buscar responder la pregunta: «¿Qué debo hacer para ser salvo?» Fue la oración de aquellos dos hombres piadosos la que llevó al carcelero a sus rodillas, y que trajo bendición a él y a su familia.

Recuerdan cómo Esteban, mientras oraba y miraba hacia arriba, vio los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre a la diestra de Dios; la luz del cielo cayó sobre su rostro de modo que resplandecía. Recuerden, también, cómo el rostro de Moisés resplandecía cuando descendió del monte; había estado en comunión con Dios. Así que cuando entramos verdaderamente en comunión con Dios, Él alza Su rostro sobre nosotros; y en lugar de tener apariencia sombría, nuestros rostros resplandecerán, porque Dios ha oído y respondido nuestras oraciones.

Quiero llamar especial atención a Cristo como ejemplo para nosotros en todas las cosas; en nada más que en la oración. Leemos que Cristo oró a Su Padre por todo. Cada gran crisis en Su vida fue precedida por oración. Permítanme citar algunos pasajes. Nunca noté hasta hace pocos años que Cristo estaba orando en Su bautismo. Mientras oraba, el cielo se abrió, y el Espíritu Santo descendió sobre Él. Otro gran evento en Su vida fue Su Transfiguración.

«Mientras Él oraba, la apariencia de Su rostro fue alterada, y Su vestidura era blanca y resplandeciente.» Leemos otra vez: «Aconteció en aquellos días que Él salió al monte a orar, y pasó toda la noche en oración a Dios.» Este es el único lugar donde se registra que el Salvador pasó una noche entera en oración.

¿Qué estaba a punto de suceder? Cuando descendió del monte, reunió a Sus discípulos a Su alrededor y predicó aquel gran discurso conocido como el Sermón del Monte, el sermón más maravilloso que jamás se haya predicado a hombres mortales. Probablemente ningún sermón ha hecho tanto bien, y fue precedido por una noche de oración. Si nuestros sermones van a llegar a los corazones y

conciencias de la gente, debemos ser abundantes en oración a Dios, para que haya poder con la palabra.

En el Evangelio de Juan leemos que Jesús, en la tumba de Lázaro, levantó Sus ojos al cielo y dijo: «Padre, te doy gracias porque me has oído; y sé que siempre me oyes; pero por causa de la gente que está alrededor lo dije, para que crean que Tú me has enviado.» Noten que antes de hablar a los muertos para darles vida, habló a Su Padre. Si nuestros muertos espiritualmente han de ser levantados, debemos primero obtener poder con Dios.

La razón por la que tan a menudo fallamos en mover a nuestros semejantes es que tratamos de ganarlos sin primero obtener poder con Dios. Jesús estaba en comunión con Su Padre, y así podía estar seguro de que Sus oraciones eran oídas.

Leemos otra vez, en el capítulo doce de Juan, que Él oró al Padre. Creo que este es uno de los capítulos más tristes de toda la Biblia. Estaba a punto de dejar a la nación judía y de hacer expiación por el pecado del mundo. Oigan lo que dice: «Ahora Mi alma está turbada, ¿y qué diré? Padre, sálvame de esta hora; mas para esto he llegado a esta hora.» Estaba casi bajo la sombra de la Cruz; las iniquidades de la humanidad estaban a punto de ser puestas sobre Él; uno de Sus doce discípulos iba a negarlo y jurar que nunca lo había conocido; otro iba a venderlo por treinta piezas de plata; todos iban a abandonarlo y huir. Su alma estaba excesivamente triste, y ora; cuando Su alma estaba turbada, Dios le habló. Luego, en el Huerto de Getsemaní, mientras oraba, un ángel apareció para fortalecerlo. En respuesta a Su clamor: «Padre, glorifica Tu Nombre», oye una voz que desciende de la gloria: «Lo he glorificado, y lo glorificaré otra vez.» Otra oración memorable de nuestro Señor fue en el Huerto de Getsemaní: «Se apartó de ellos como a un tiro de piedra, y puesto de rodillas oró.» Quisiera llamar su atención sobre el hecho registrado de que cuatro veces la respuesta descendió directamente del cielo mientras el Salvador oraba a Dios. La primera vez fue en Su bautismo, cuando los cielos se abrieron y el Espíritu descendió sobre Él en respuesta a Su oración. Otra vez, en el Monte de la Transfiguración, Dios apareció y le habló. Luego, cuando los griegos vinieron deseando verlo, la voz de Dios fue oída respondiendo a Su llamado; y otra vez, cuando clamó al Padre en medio de

Su agonía, se dio una respuesta directa. Estas cosas están registradas, no lo dudo, para que seamos animados a orar.

Leemos que Sus discípulos vinieron a Él y le dijeron: «Señor, enséñanos a orar.» No está registrado que les enseñara cómo predicar. He dicho a menudo que preferiría saber cómo orar como Daniel que predicar como Gabriel. Si obtienes amor en tu alma, de modo que la gracia de Dios pueda descender en respuesta a la oración, no habrá problema en alcanzar a la gente. No es mediante sermones elocuentes que las almas que perecen van a ser alcanzadas; necesitamos el poder de Dios para que la bendición pueda descender.

La oración que nuestro Señor enseñó a sus discípulos se llama comúnmente el Padrenuestro. Creo que la oración del Señor, más propiamente, es la del capítulo diecisiete de Juan. Esa es la oración más larga registrada que Jesús hizo.

Pueden leerla lenta y cuidadosamente en unos cuatro o cinco minutos. Creo que podemos aprender una lección aquí. Las oraciones de nuestro Maestro eran cortas cuando se ofrecían en público; cuando estaba a solas con Dios, eso era diferente, y podía pasar toda la noche en comunión con Su Padre. Mi experiencia es que aquellos que oran más en sus aposentos generalmente hacen oraciones cortas en público. Las oraciones largas son demasiado a menudo no oraciones en absoluto, y fatigan a la gente. Cuán corta fue la oración del publicano: «¡Dios, sé propicio a mí, pecador!» La de la mujer sirofenicia fue más corta aún: «¡Señor, ayúdame!» Fue directamente al punto, y obtuvo lo que quería. La oración del ladrón en la cruz fue corta: «Señor, acuérdate de mí cuando vengas en Tu Reino.» La oración de Pedro fue: «¡Señor, sálvame, o perezco!» Así que, si recorren las Escrituras, encontrarán que las oraciones que trajeron respuestas inmediatas fueron generalmente breves. Que nuestras oraciones sean al punto, diciendo simplemente a Dios lo que queremos.

En la oración de nuestro Señor, en Juan 17, encontramos que hizo siete peticiones: una por Sí mismo, cuatro por Sus discípulos que estaban alrededor de Él, y dos por los discípulos de las edades sucesivas. Seis veces en esa única oración repite que Dios lo había enviado. El mundo lo miraba como un impostor;

y quería que supieran que Él era enviado del cielo. Habla del mundo nueve veces, y menciona a Sus discípulos y a aquellos que creen en Él cincuenta veces.

La última oración de Cristo en la Cruz fue corta: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» Creo que esa oración fue respondida. Encontramos que allí mismo, frente a la Cruz, un centurión romano fue convertido. Fue probablemente en respuesta a la oración del Salvador. La conversión del ladrón, creo, fue en respuesta a esa oración de nuestro bendito Señor. Saulo de Tarso puede haberla oído, y las palabras pueden haberlo seguido mientras viajaba a Damasco; de modo que cuando el Señor le habló en el camino, pudo haber reconocido la voz. Una cosa sabemos: que en el día de Pentecostés algunos de los enemigos del Señor fueron convertidos. Ciertamente eso fue en respuesta a la oración: «¡Padre, perdónalos!» Por lo tanto, vemos que la oración ocupa un lugar elevado entre los ejercicios de la vida espiritual. Todo el pueblo de Dios ha sido pueblo de oración.

Miren, por ejemplo, a Baxter. Él manchó las paredes de su estudio con su aliento de oración; y después de ser ungido con la unción del Espíritu Santo, envió un río de agua viva sobre Kidderminster, y convirtió a cientos. Lutero y sus compañeros fueron hombres de tan poderosa intercesión ante Dios, que rompieron el hechizo de los siglos, y dejaron naciones sometidas al pie de la Cruz. Juan Knox tomó toda Escocia en sus fuertes brazos de fe; sus oraciones aterrorizaron a los tiranos. Whitefield, después de mucha santa y fiel intercesión en su aposento, fue a la feria del diablo, y sacó más de mil almas de la garra del león en un solo día. ¡Vean a un Wesley orante convertir más de diez mil almas al Señor!

Miren al Finney orante, cuyas oraciones, fe, sermones y escritos han sacudido todo este país, y han enviado una ola de bendición a través de las iglesias a ambos lados del mar.

El Dr. Guthrie habla así de la oración y su necesidad: «El primer signo verdadero de la vida espiritual, la oración, es también el medio de mantenerla. El hombre puede tan bien vivir físicamente sin respirar, como espiritualmente sin

orar. Hay una clase de animales, los cetáceos, ni peces ni aves marinas, que habitan las profundidades. Es su hogar, nunca lo dejan por la orilla; sin embargo, aunque nadan bajo sus olas y sondan sus más oscuras profundidades, tienen que subir a la superficie una y otra vez para respirar el aire. Sin eso, estos monarcas de las profundidades no podrían existir en el denso elemento en el que viven, se mueven y tienen su ser. Y algo semejante a lo que les es impuesto a ellos por una necesidad física, el cristiano tiene que hacerlo por una espiritual. Es ascendiendo una y otra vez a Dios, elevándose mediante la oración a una región más sublime y pura para recibir suministros de la gracia divina, que mantiene su vida espiritual. Impídanle a estos animales subir a la superficie, y mueren por falta de aliento; impídanle al cristiano elevarse a Dios, y muere por falta de oración. «Dame hijos», clamó Raquel, «o si no, muero.» «Déjenme respirar», dice un hombre jadeando, «o si no, muero.» «Déjame orar», dice el cristiano, «o si no, muero.» «Desde que comencé», dijo el Dr. Payson cuando era estudiante, «a suplicar la bendición de Dios sobre mis estudios, he hecho más en una semana que en todo el año anterior.» Lutero, cuando estaba más abrumado por el trabajo, decía: «Tengo tanto que hacer que no puedo avanzar sin tres horas al día de oración.» Y no solo los teólogos piensan y hablan muy bien de la oración; hombres de todas las clases y posiciones en la vida han sentido lo mismo.

El General Havelock se levantaba a las cuatro de la mañana, si la hora de marchar era las seis, antes que perder el precioso privilegio de la comunión con Dios antes de partir. Sir Mateo Hale dice: «Si omito orar y leer la Palabra de Dios por la mañana, nada me sale bien en todo el día.» «Una gran parte de mi tiempo», dijo McChesney, «la paso en poner mi corazón en sintonía para la oración. Es el eslabón que conecta la tierra con el cielo.» Una visión completa del tema mostrará que hay nueve elementos que son esenciales para la verdadera oración. El primero es la Adoración; no podemos encontrarnos con Dios en un mismo nivel al principio. Debemos acercarnos a Él como Alguien que está mucho más allá de nuestro alcance o vista. El siguiente es la Confesión; el pecado debe ser apartado del camino. No podemos tener ninguna comunión con Dios mientras haya alguna transgresión entre nosotros. Si hay algún mal que le hayas

hecho a un hombre, no puedes esperar el favor de ese hombre hasta que vayas a él y confieses la falta.

La Restitución es otro; tenemos que reparar el mal, siempre que sea posible. La Acción de Gracias es la siguiente; debemos estar agradecidos por lo que Dios ya ha hecho por nosotros.

Luego viene el Perdón, y luego la Unidad; y entonces, para la oración ferviente, tal como estas cosas la producen, debe haber Fe. Así influenciados, estaremos listos para ofrecer una Petición directa. Oímos muchas oraciones que son solo exhortaciones, y si no vieras los ojos del hombre cerrados, supondrías que está predicando. Luego, mucho de lo que se llama oración es simplemente hallar faltas.

Es necesario que haya más petición en nuestras oraciones. Después de todo esto, debe venir la Sumisión. Mientras oramos, debemos estar listos para aceptar la voluntad de Dios. Consideraremos estos nueve elementos en detalle, cerrando nuestras investigaciones con incidentes que ilustran la certeza de recibir, bajo tales condiciones, Respuestas a la Oración.

La hora de oración

«Señor, ¡qué cambio dentro de nosotros puede lograr una breve hora Pasada en Tu presencia! ¡Qué pesadas cargas quita de nuestro pecho! ¡Qué secos campos refresca como con un chaparrón.

Nos arrodillamos, y todo a nuestro alrededor parece ensombrecerse; Nos levantamos, y todo, lo lejano y lo cercano, Se presenta en líneas soleadas, valiente y claro; ¡Nos arrodillamos: cuán débiles! ¡Nos levantamos: cuán llenos de poder!

¿Por qué, pues, nos hacemos este daño a nosotros mismos, ¿O a otros, de que no seamos siempre fuertes? ¿De que estemos siempre abrumados por el cuidado? ¿De que debamos ser siempre débiles o sin corazón, Ansiosos o turbados, mientras con nosotros está la oración, Y el gozo, la fuerza y el valor están Contigo?» —Trench.

CAPÍTULO 2. LA ADORACIÓN

Esto se ha definido como el acto de rendir honor Divino, incluyendo en él reverencia, estima y amor. Literalmente significa llevar la mano a la boca, «besar la mano»; en los países orientales esta es una de las grandes señales de respeto y sumisión. La importancia de venir delante de Dios con este espíritu es grande, por lo tanto se nos inculca con tanta frecuencia en la Palabra de Dios.

El Rev. Newman Hall, en su obra sobre el Padrenuestro, dice: «La adoración del hombre, aparte de la revelación, ha sido uniformemente caracterizada por el egoísmo. Venimos a Dios ya sea para agradecerle los beneficios ya recibidos, o para implorar aún más beneficios: alimento, vestido, salud, seguridad, consuelo. Como Jacob en Betel, estamos dispuestos a hacer que la adoración que rendimos a Dios sea correlativa con "comida que comer, y ropa que vestir". Este estilo de petición, en el que el yo generalmente precede y predomina, si no absorbe por completo nuestras súplicas, no solo se ve en los devotos de los falsos sistemas, sino en la mayoría de las oraciones de los cristianos profesantes. Nuestras oraciones son como los jinetes partos, que cabalgan en una dirección mientras miran hacia otra; parecemos ir hacia Dios, pero, en realidad, reflexionamos sobre nosotros mismos. Y esta puede ser la razón por la cual muchas veces nuestras oraciones son enviadas, como el cuervo del arca de Noé, y nunca regresan. Pero cuando hacemos la gloria de Dios el fin principal de nuestra devoción, ellas salen como la paloma, y regresan a nosotros con una rama de olivo.»

Permíteme remitirte a un pasaje de las profecías de Daniel. Él fue uno de los hombres que sabían orar; su oración trajo la bendición del cielo sobre sí mismo y sobre su pueblo. Él dice: «Dirigí mi rostro al Señor Dios, para buscarle en oración y súplica, con ayuno, cilicio y ceniza; y oré al Señor mi Dios, e hice mi confesión, y dije: ¡Oh Señor, Dios grande y temible, que guardas el pacto y la misericordia para con los que te aman y guardan tus mandamientos!»

El pensamiento al que quiero llamar la atención especial se transmite en las palabras: «¡Oh Señor, Dios grande y temible!» Daniel ocupó su lugar correcto delante de Dios —en el polvo—; puso a Dios en Su lugar correcto. Fue cuando

Abraham estaba postrado sobre su rostro delante de Dios que Dios le habló. La santidad pertenece a Dios; la pecaminosidad nos pertenece a nosotros.

Brooks, ese gran escritor puritano de antaño, dice: «Una persona de verdadera santidad está muy afectada y embargada por la admiración de la santidad de Dios. Las personas no santas pueden estar algo afectadas y embargadas por las otras excelencias de Dios; son solo las almas santas las que están embargadas y afectadas por Su santidad. Cuanto más santos son, más profundamente son afectados por ella.

Para los santos ángeles, la santidad de Dios es el diamante resplandeciente en el anillo de la gloria. Pero las personas no santas están afectadas y embargadas por cualquier cosa antes que por esto. Nada golpea al pecador con tal desánimo como un discurso sobre la santidad de Dios; es como la escritura en la pared; nada hace que la cabeza y el corazón de un pecador duelan como un sermón sobre el Santo; nada irrita y oprime, nada punza y aterroriza a los no santificados, como una exposición viva de la santidad de Dios. Pero para las almas santas no hay discursos que más les convengan y satisfagan, que más las deleiten y contenten, que más las agraden y aprovechen, que aquellos que más plena y poderosamente revelan que Dios es glorioso en santidad.» Así que, al venir delante de Dios, debemos adorar y reverenciar Su nombre.

Lo mismo se manifiesta en Isaías: «En el año en que murió el rey Uzías, vi también al Señor sentado sobre un trono, alto y sublime, y sus faldas llenaban el templo. Por encima de él estaban los serafines; cada uno tenía seis alas; con dos cubría su rostro, y con dos cubría sus pies, y con dos volaba. Y uno clamaba a otro, y decía: Santo, santo, santo, es el Señor de los ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria.» Cuando vemos la santidad de Dios, le adoraremos y le magnificaremos.

Moisés tuvo que aprender la misma lección. Dios le dijo que se quitara las sandalias de sus pies, porque el lugar donde estaba era tierra santa. Cuando oímos a hombres tratando de hacer ver que ellos son santos, y hablando de su santidad, ellos menosprecian la santidad de Dios. Es de Su santidad de lo que

necesitamos pensar y hablar; cuando hagamos eso, estaremos postrados en el polvo. Recuerdas también cómo fue con Pedro. Cuando Cristo se le dio a conocer, dijo: «Apártate de mí, porque soy hombre pecador, ¡oh Señor!» Una vista de Dios es suficiente para mostrarnos cuán santo es Él, y cuán no santos somos nosotros.

Encontramos que Job también tuvo que ser enseñado con la misma lección. «Entonces Job respondió al Señor, y dijo: He aquí, soy vil; ¿qué te responderé? Pondré mi mano sobre mi boca.»

Mientras oyes a Job discutiendo con sus amigos, pensarías que era uno de los hombres más santos que jamás hayan vivido. Él era ojos para el ciego y pies para el cojo; alimentaba al hambriento y vestía al desnudo. ¡Qué hombre tan maravillosamente bueno era! Era todo yo, yo, yo. Al final Dios le dijo: «Ciñe tus lomos como un hombre, y te haré algunas preguntas.» En el momento en que Dios se reveló, Job cambió su lenguaje. Vio su propia vileza y la pureza de Dios. Dijo: «De oídas te había oído, pero ahora mis ojos te ven; por tanto, me aborrezco, y me arrepiento en polvo y ceniza.»

Lo mismo se ve en los casos de aquellos que vinieron a nuestro Señor en los días de Su carne; aquellos que vinieron correctamente, buscando y obteniendo la bendición, manifestaron un sentido vivo de Su infinita superioridad sobre ellos mismos.

El centurión, de quien leemos en el octavo de Mateo, dijo: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo;» Jairo «le adoró», mientras presentaba su petición; el leproso, en el Evangelio de Marcos, vino «arrodillándose ante Él;» la mujer sirofenicia «vino y se postró a sus pies;» el hombre lleno de lepra «viendo a Jesús, se postró sobre su rostro.» Así también, el amado discípulo, hablando del sentimiento que tenían acerca de Él cuando permanecían con Él como su Señor, dijo: «Vimos su gloria, la gloria como del unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.» Por muy íntima que fuera su comunión, y tierno su amor, ellos reverenciaban tanto como compartían, y adoraban tanto como amaban.

Podemos decir de cada acto de oración lo que Jorge Herbert dice de la adoración pública:

«Cuando una vez tu pie entra en la iglesia, descálzate; Dios es más que tú; pues tú estás allí Solo por Su permiso. Entonces cuidado, Y hazte todo reverencia y temor. Arrodillarse nunca estropeó las medias de seda; abandona tu rango. Todos son iguales dentro del umbral de la Iglesia.»

El hombre sabio dice: «Guarda tu pie cuando vayas a la casa de Dios, y acércate más para oír que para ofrecer el sacrificio de los necios; porque no consideran que hacen el mal. No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra alguna delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras.»

Si estamos luchando por vivir una vida más elevada, y por conocer algo de la santidad y pureza de Dios, lo que necesitamos es ser puestos en contacto con Él, para que Él se revele. Entonces ocuparemos nuestro lugar delante de Él como aquellos hombres de antaño fueron constreñidos a hacerlo. Santificaremos Su Nombre —como el Maestro enseñó a Sus discípulos, cuando dijo: «Santificado sea Tu Nombre.» Cuando pienso en la irreverencia del tiempo presente, me parece que hemos caído en días malos.

Permitámonos, como cristianos, cuando nos acerquemos a Dios en oración, darle Su lugar correcto. «Tengamos gracia para servir a Dios aceptablemente, con reverencia y temor piadoso, porque nuestro Dios es fuego consumidor.»

La Trinidad

«Tú, querida y gran misteriosa Trinidad, Por siempre seas adorada, Por toda la gracia sin fin que vemos En nuestro Redentor atesorada.

«La antigua gracia del Padre cantamos, Que nos eligió en nuestra cabeza; Ordenando a Cristo, nuestro Dios y Rey, A sufrir en nuestro lugar.»

«El sagrado Hijo, en iguales acentos, con reverencia invocamos, por toda Su gracia, y dolores de muerte, y espléndida justicia.

«Con lengua melodiosa al Espíritu Santo, por Su gran obra alabamos, cuyo poder inspira a la hueste comprada con sangre a elevar su voz agradecida.

«Así al Eterno Tres en Uno nos unimos para alabar, por la gracia y la gloria sin fin por medio del Hijo, como resplandeciendo de Su rostro.»

CAPÍTULO 3. CONFESIÓN

Otro elemento en la oración verdadera es la *Confesión*. No quiero que los amigos cristianos piensen que les hablo a los no salvos. Creo que nosotros, como cristianos, tenemos muchos pecados que confesar.

Si ustedes repasan los registros de las Escrituras, hallarán que los hombres que vivieron más cerca de Dios, y tuvieron más poder con Él, fueron aquellos que confesaron sus pecados y fracasos. Daniel, como hemos visto, confesó sus pecados y los de su pueblo. Sin embargo, no hay nada registrado en contra de Daniel.

Él era uno de los mejores hombres que entonces había sobre la faz de la tierra, y sin embargo su confesión de pecado fue de las más profundas y humildes que se hayan registrado. Brooks, refiriéndose a la confesión de Daniel, dice: «En estas palabras ustedes tienen siete circunstancias que Daniel usa al confesar sus pecados y los del pueblo; y todas para realzarlos y agravarlos. Primero, "Hemos pecado"; segundo, "Hemos cometido iniquidad"; tercero, "Hemos hecho impíamente"; cuarto, "Hemos rebelado contra ti"; quinto, "Hemos nos apartado de tus mandamientos"; sexto, "No hemos escuchado a tus siervos"; séptimo, "Ni a nuestros príncipes, ni a todo el pueblo de la tierra". Estas siete agravaciones que Daniel enumera en su confesión son dignas de nuestra más seria consideración».

Job era sin duda un hombre santo, un poderoso príncipe, y sin embargo tuvo que postrarse en el polvo y confesar sus pecados. Así lo hallarán a lo largo de todas las Escrituras. Cuando Isaías vio la pureza y santidad de Dios, se contempló a sí mismo bajo su verdadera luz, y exclamó: «¡Ay de mí! que soy muerto; porque soy hombre inmundo de labios» (Isaías 6:5).

Creo firmemente que la Iglesia de Dios tendrá que confesar sus propios pecados antes de que pueda haber una gran obra de gracia. Debe haber una obra más profunda entre el pueblo creyente de Dios. A veces pienso que es hora de dejar de predicar a los impíos y predicar a aquellos que profesan ser cristianos. Siuviéramos un nivel más alto de vida en la Iglesia de Dios, habría miles más

acudiendo al Reino. Así fue en el pasado; cuando los hijos creyentes de Dios se apartaban de sus pecados y de sus ídolos, el temor de Dios caía sobre los pueblos de alrededor. Tomen la historia de Israel, y hallarán que cuando apartaron a sus dioses extraños, Dios visitó a la nación, y vino una poderosa obra de gracia.

Lo que necesitamos en estos días es un avivamiento verdadero y profundo en la Iglesia de Dios. Tengo poca simpatía con la idea de que Dios va a alcanzar a las masas mediante una iglesia fría y formal. El juicio de Dios debe comenzar con nosotros. Noten que cuando Daniel obtuvo esa maravillosa respuesta a la oración registrada en el capítulo noveno, estaba confesando su pecado. Ese es uno de los mejores capítulos sobre la oración en toda la Biblia.

Leemos: «Aún estaba hablando y orando, y confesando mi pecado y el pecado de mi pueblo Israel, y presentando mi súplica delante de Jehová mi Dios por el monte santo de mi Dios; sí, mientras estaba hablando en mi oración, el varón Gabriel, a quien había visto en la visión al principio, volando con presteza, me tocó como a la hora del sacrificio de la tarde. Y me hizo entender, y habló conmigo, diciendo: Daniel, ahora he salido para darte sabiduría y entendimiento» (Daniel 9:20-22).

Así también cuando Job confesaba su pecado, Dios hizo volver su cautividad y escuchó su oración. Dios escuchará nuestra oración y hará volver nuestra cautividad cuando tomemos nuestro verdadero lugar delante de Él, y confesemos y abandonemos nuestras transgresiones.

Fue cuando Isaías clamó delante del Señor: «¡Soy muerto!» que vino la bendición; el carbón vivo fue tomado del altar y puesto sobre sus labios; y salió a escribir uno de los libros más maravillosos que el mundo haya visto jamás. ¡Qué bendición ha sido para la iglesia!

Fue cuando David dijo: «¡He pecado!» que Dios trató con misericordia con él. «Mi pecado te declaré, y no encubrí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones a Jehová; y tú perdonaste la maldad de mi pecado» (Salmo 32:5). Noten cómo David hizo una confesión muy similar a la del hijo pródigo en el capítulo quince de Lucas: «Porque yo reconozco mis transgresiones, y mi pecado

está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos» (Salmo 51:3-4). No hay diferencia entre el rey y el mendigo cuando el Espíritu de Dios entra en el corazón y convence del pecado.

Ricardo Sibbes dice con gracia sobre la confesión: «Este es el camino para dar gloria a Dios: cuando hemos abierto nuestras almas a Dios, y hemos puesto tanto en contra de nosotros mismos como el diablo podría hacer en ese sentido, porque pensemos en lo que el diablo pondría a nuestro cargo a la hora de la muerte y en el día del juicio. Él pondría duramente a nuestro cargo esto y aquello — acusémonos a nosotros mismos como él lo haría, y como lo hará dentro de poco. Cuanto más nos acusamos y juzgamos a nosotros mismos, y establecemos un tribunal en nuestros corazones, ciertamente seguirá un alivio increíble. Jonás fue echado al mar, y hubo calma en la nave; Acán fue apedreado, y la plaga fue detenida. Fuera con Jonás, fuera con Acán; y seguirá alivio y quietud en el alma de inmediato. La conciencia recibirá un alivio maravilloso.

»Debe ser necesariamente así; porque cuando Dios es honrado, la conciencia es purificada. Dios es honrado por la confesión del pecado en todo sentido. Honra Su omnisciencia, que Él todo lo ve; que Él ve nuestros pecados y escudriña nuestros corazones — nuestros secretos no están ocultos de Él. Honra Su poder. ¿Qué nos hace confesar nuestros pecados, sino que tememos Su poder, no sea que lo ejecute? ¿Y qué nos hace confesar nuestros pecados, sino que sabemos que hay misericordia en Él para que sea temido, y que hay perdón para el pecado? No confesaríamos nuestros pecados de otra manera. Con los hombres es: Confiesa, y serás ejecutado; pero con Dios: Confiesa, y tendrás misericordia. Es Su propia declaración.

»Nunca deberíamos exponer nuestros pecados sino por misericordia. Así se honra a Dios; y cuando Él es honrado, Él honra el alma con paz interior y tranquilidad».

El viejo Thomas Fuller dice: «El reconocer el hombre su debilidad es el único patrón sobre el cual Dios puede injertar la gracia de Su ayuda». La confesión implica humildad, y esto, a los ojos de Dios, es de gran precio.

Un granjero fue con su hijo a un campo de trigo, para ver si estaba listo para la cosecha. «Mira, padre», exclamó el muchacho, «¡cómo estas espigas mantienen erguidas sus cabezas! Deben ser las mejores. Aquellas que cuelgan sus cabezas, estoy seguro de que no pueden ser de mucho provecho». El granjero arrancó una espiga de cada clase y dijo: «Mira aquí, niño necio: esta espiga que se mantuvo tan erguida está vacía, y casi no sirve para nada; mientras que esta que inclinó su cabeza tan modestamente está llena del grano más hermoso».

La franqueza es necesaria y poderosa, tanto con Dios como con el hombre. Necesitamos ser honestos y sinceros con nosotros mismos. Un soldado dijo en una reunión de avivamiento: «Compañeros soldados, no estoy emocionado; estoy convencido — eso es todo. Siento que debería ser cristiano; que debería decirlo, decírselos a ustedes, y pedirles que vengan conmigo; y ahora si hay un llamado para que los pecadores que buscan a Cristo pasen al frente, yo por mi parte iré — no para hacer una exhibición, porque no tengo nada más que pecado para mostrar. No voy porque quiera — preferiría quedarme en mi asiento; pero ir será decir la verdad. Debo ser cristiano, quiero ser cristiano; y pasar al frente para oración es simplemente decir la verdad al respecto». Más de veinte fueron con él.

Hablando de las palabras de Faraón: «Orad a Jehová para que quite las ranas de mí» (Éxodo 8:8), el Sr. Spurgeon dice: «Una falla fatal se manifiesta en esa oración. No contiene confesión de pecado. No dice: "Me he rebelado contra el Señor; ¡orad para que halle perdón!" Nada de eso; ama el pecado tanto como siempre. Una oración sin penitencia es una oración sin aceptación. Si ninguna lágrima ha caído sobre ella, está seca. Debes venir a Dios como pecador por medio de un Salvador, pero por ningún otro camino. El que viene a Dios como el fariseo, con: "Dios, te doy gracias porque no soy como los demás hombres", nunca se acerca a Dios en absoluto; pero el que clama: "Dios, sé propicio a mí, pecador", ha venido a Dios por el camino que Dios mismo ha señalado. Debe haber confesión de pecado delante de Dios, o nuestra oración es defectuosa».

Si esta confesión de pecado es profunda entre los creyentes, lo será también entre los impíos. Nunca supe que fallara. Ahora estoy ansioso de que Dios avive Su obra en los corazones de Sus hijos, para que podamos ver la pecaminosidad

excesiva del pecado. Hay muchos padres y madres que están ansiosos por la conversión de sus hijos. He recibido hasta cincuenta mensajes de padres en una sola semana, preguntándose por qué sus hijos no se salvan, y pidiendo oración por ellos. Me atrevo a decir que, como regla general, la culpa yace a nuestra propia puerta. Puede haber algo en nuestra vida que estorba el camino. Puede ser que haya algún pecado secreto que retiene la bendición. David vivió en el horrible pecado en el que cayó durante muchos meses antes de que Natán hiciera su aparición. Oremos a Dios para que entre en nuestros corazones y haga sentir Su poder. Si es un ojo derecho, saquémoslo; si es una mano derecha, cortémosla; para que tengamos poder con Dios y con los hombres.

¿Por qué es que tantos de nuestros hijos están vagando hacia las tabernas, y alejándose hacia la incredulidad — descendiendo a una tumba deshonrada? Parece haber muy poco poder en el cristianismo del tiempo presente. Muchos padres piadosos encuentran que sus hijos se están descarriando. ¿Surge de algún pecado secreto que se aferra al corazón? Hay un pasaje de la Palabra de Dios que se cita a menudo, pero en noventa y nueve casos de cada cien, aquellos que lo citan se detienen en el lugar equivocado. En el capítulo cincuenta y nueve de Isaías leemos: «He aquí que no se ha acortado la mano de Jehová para salvar, ni se ha agravado su oído para oír» (Isaías 59:1). Allí se detienen. Por supuesto que la mano de Dios no se ha acortado, y Su oído no se ha agravado; pero deberíamos leer el versículo siguiente: «Pero vuestras iniquidades han hecho separación entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar su rostro de vosotros, para no oír. Porque vuestras manos están contaminadas de sangre, y vuestros dedos de iniquidad; vuestros labios pronuncian mentira, vuestra lengua habla perversidad» (Isaías 59:2-3). Como dice Mateo Henry: «Se debía a ellos mismos — estaban en su propia luz, cerraron su propia puerta. Dios venía hacia ellos en el camino de la misericordia, y ellos lo estorbaron: "Vuestras iniquidades han retenido de vosotros las cosas buenas"».

Tengan presente que si estamos considerando la iniquidad en nuestros corazones, o viviendo en una mera profesión vacía, no tenemos derecho a esperar que nuestras oraciones sean contestadas. No hay ni una sola promesa para

nosotros. A veces tiemblo cuando oigo a la gente citar promesas y decir que Dios está obligado a cumplir esas promesas con ellos, cuando todo el tiempo hay algo en sus propias vidas que no están dispuestos a abandonar. Es bueno que escudriñemos nuestros corazones y descubramos por qué nuestras oraciones no son contestadas.

Ese es un pasaje muy solemne en Isaías: «Oíd la palabra de Jehová, príncipes de Sodoma; escuchad la ley de nuestro Dios, pueblo de Gomorra. ¿Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios? dice Jehová. Harto estoy de holocaustos de carneros y de grosura de animales gordos; no me complazco en la sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. Cuando venís a presentaros delante de mí, ¿quién demandó esto de vuestras manos, que pisoteaseis mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso es abominación a mí; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir — son iniquidad, incluso la solemnidad» (Isaías 1:10-13). «¡Incluso la solemnidad!» — piensen en eso. Si Dios no recibe el servicio de nuestros corazones, no aceptará nada de ello; es una abominación para Él.

«Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas señaladas las aborrece mi alma; me son una carga; estoy cansado de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis vuestras oraciones, no os oiré, porque vuestras manos están llenas de sangre. Lavaos, limpiaos; quitad la iniquidad de vuestras obras de delante de mis ojos, dejad de hacer lo malo; aprended a hacer el bien; buscad el juicio, aliviad al oprimido, haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Venid luego, y estemos a cuenta, dice Jehová: si vuestros pecados fueren como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; si fueren rojos como el carmesí, vendrán a ser como la blanca lana» (Isaías 1:14-18).

Leemos también en Proverbios: «El que aparta su oído para no oír la ley, su oración también es abominación» (Proverbios 28:9). ¡Pensad en eso! Puede sorprender a algunos de nosotros pensar que nuestras oraciones son una abominación para Dios; sin embargo, si alguno vive en pecado conocido, esto es lo que la Palabra de Dios dice acerca de ellos. Si no estamos dispuestos a

apartarnos del pecado y a obedecer la ley de Dios, no tenemos derecho a esperar que Él responda nuestras oraciones. El pecado no confesado es pecado no perdonado, y el pecado no perdonado es la cosa más oscura y vil sobre esta tierra maldita por el pecado.

No podéis encontrar un caso en la Biblia donde un hombre haya sido honesto al tratar con el pecado, y Dios no haya sido honesto con él y no lo haya bendecido. La oración del corazón humilde y contrito es un deleite para Dios. No hay sonido que suba de esta tierra maldita por el pecado tan dulce a Su oído como la oración del hombre que camina en rectitud.

Permitidme llamar la atención sobre aquella oración de David, en la que dice: «Examíname, oh Dios, y conoce mi corazón; pruébame, y conoce mis pensamientos; y ve si hay en mí camino de perversidad, y guíame en el camino eterno» (Salmo 139:23-24). Desearía que todos mis lectores memorizaran estos versículos. Si todos hiciéramos honestamente esta oración una vez al día, habría un gran cambio en nuestras vidas. «Examíname a MÍ:» — no a mi prójimo. Es tan fácil orar por otras personas, pero tan difícil llegar a nosotros mismos. Me temo que nosotros, los que estamos ocupados en la obra del Señor, corremos muy a menudo el peligro de descuidar nuestra propia viña. En este Salmo, David llegó a sí mismo. Hay una diferencia entre que Dios me examine a mí y que yo me examine a mí mismo. Yo puedo examinar mi corazón y declarar que está bien; pero cuando Dios me examina como con una lámpara encendida, muchas cosas saldrán a la luz que quizás yo ignoraba por completo.

«Pruébame.» David fue probado cuando cayó por quitar sus ojos del Dios de su padre Abraham. «Conoce mis pensamientos.» Dios mira los pensamientos.

¿Son puros nuestros pensamientos? ¿Tenemos en nuestros corazones pensamientos contra Dios o contra Su pueblo, contra alguien en el mundo? Si los tenemos, no estamos bien ante los ojos de Dios. Oh, ¡que Dios nos examine a cada uno! No conozco mejor oración que podamos hacer que esta oración de David. Una de las cosas más solemnes en la historia de las Escrituras es que cuando hombres santos —mejores hombres que nosotros— fueron probados y

puestos a prueba, se halló que eran tan débiles como el agua cuando estaban lejos de Dios.

Asegurémonos de que estamos bien. Isaac Ambrose, en su obra sobre el *Autoexamen*, tiene las siguientes palabras llenas de sustancia: «De vez en cuando propongamos a nuestros corazones estas dos preguntas: 1. “Corazón, ¿cómo estás?” — pocas palabras, pero una pregunta muy seria. Sabéis que esta es la primera pregunta y el primer saludo que nos hacemos unos a otros: ¿Cómo estáis? Quisiera Dios que a veces habláramos así a nuestros corazones: “Corazón, ¿cómo estás? ¿Qué tal te va en tu estado espiritual?” 2. “Corazón, ¿qué harás?” o, “Corazón, ¿qué piensas que será de ti y de mí?” — como dijo aquel romano moribundo: “Pobre, desdichada y miserable alma, ¿a dónde vamos tú y yo, y qué será de ti cuando tú y yo nos separemos?”».

Esto mismo propone Moisés a Israel, aunque en otros términos: «¡Oh, si ellos fueran sabios, que comprendieran esto, y consideraran su fin!» (Deuteronomio 32:29) — y ¡ojalá nos hiciéramos esta pregunta constantemente a nuestros corazones, para considerarla y debatirla!

«Comunicad con vuestro corazón» (Salmo 4:4), dijo David; es decir, debated el asunto entre vosotros y vuestros corazones hasta el extremo. Permitid que vuestros corazones sean tan apremiados al comunicar con ellos, que hablen desde lo más profundo. Comunicad — o mantened una comunicación seria y un claro entendimiento y conocimiento — con vuestros propios corazones.

«Fue la confesión de un teólogo, consciente de su negligencia, y especialmente de la dificultad de este deber: “He vivido”, dijo, “cuarenta años y algo más, y he llevado mi corazón en mi pecho todo este tiempo, y sin embargo mi corazón y yo somos tan grandes extraños, y estamos tan completamente desconocidos el uno del otro, como si nunca nos hubiéramos acercado. Es más, no conozco mi corazón; he olvidado mi corazón. ¡Ay! ¡Ay! ¡Cómo me duelo en lo más profundo del corazón de que mi pobre corazón y yo hayamos estado tan desconocidos el uno del otro! Hemos caído en una era ateniense, gastando nuestro tiempo en nada más que en contar u oír noticias.

¿Cómo van las cosas aquí? ¿Cómo allá? ¿Cómo en un lugar? ¿Cómo en otro? Pero, ¿quién hay que sea inquisitivo? ¿Cómo están las cosas con mi pobre corazón? Poned en la balanza de una consideración seria cuánto tiempo hemos pasado en este deber, y cuánto tiempo de otra manera; y por los muchos cientos y millares de horas o días que debemos a nuestros corazones en este deber, ¿podemos escribir cincuenta? ¿O donde debería haber habido cincuenta vasijas llenas de este deber, podemos encontrar veinte, o diez? ¡Oh, los días, meses y años que empleamos en el pecado, la vanidad y los asuntos de este mundo, mientras no concedemos ni un minuto a conversar con nuestros propios corazones acerca de su estado!».

Si hay algo en nuestras vidas que esté mal, pidamos a Dios que nos lo muestre. ¿Hemos sido egoístas? ¿Hemos estado más celosos de nuestra propia reputación que del honor de Dios? Elías pensaba que estaba muy celoso del honor de Dios; pero resultó que después de todo era su propio honor — el yo estaba realmente en el fondo de todo. Una de las cosas más tristes, creo, que Cristo tuvo que enfrentar en Sus discípulos fue precisamente esto: había una lucha constante entre ellos sobre quién sería el mayor, en lugar de que cada uno ocupara el lugar más humilde y fuera el menor en su propia estimación.

Se nos dice como prueba de esto que «llegó a Capernaum; y estando en casa, les preguntó: ¿Qué disputabais entre vosotros en el camino? Mas ellos callaron, porque en el camino habían disputado entre sí quién había de ser el mayor. Entonces Él se sentó, y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno desea ser el primero, será el último de todos, y el servidor de todos. Y tomó a un niño, y lo puso en medio de ellos; y tomándolo en sus brazos, les dijo: El que reciba a uno de tales niños en Mi nombre, a Mí me recibe; y el que Me reciba a Mí, no Me recibe a Mí, sino al que Me envió» (Marcos 9:33-37).

Poco después «Jacobo y Juan, hijos de Zebedeo, se acercaron a Él, diciendo: Maestro, queremos que nos hagas lo que pidiéremos. Y Él les dijo: ¿Qué queréis que haga por vosotros? Ellos le dijeron: Concédenos que en Tu gloria nos sentemos, el uno a Tu derecha, y el otro a Tu izquierda. Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber del vaso que Yo bebo, y ser bautizados con

el bautismo con que Yo soy bautizado? Y ellos le dijeron: Podemos. Y Jesús les dijo: A la verdad, del vaso que Yo bebo, beberéis, y con el bautismo con que Yo soy bautizado, seréis bautizados; pero el sentaros a Mi derecha y a Mi izquierda, no es Mío darlo, sino a aquellos para quienes está preparado. Y cuando lo oyeron los diez, comenzaron a enojarse contra Jacobo y Juan. Pero Jesús, llamándolos, les dijo: Sabéis que los que son tenidos por gobernantes de los gentiles se enseñorean de ellos, y sus grandes ejercen autoridad sobre ellos. Pero no será así entre vosotros, sino que el que quiera hacerse grande entre vosotros será vuestro servidor; y el que de vosotros quiera ser el primero, será siervo de todos. Porque tampoco el Hijo del Hombre vino para ser servido, sino para servir, y para dar Su vida en rescate por muchos» (Marcos 10:35-45).

Estas últimas palabras fueron dichas en el tercer año de Su ministerio. Tres años habían estado los discípulos con Él; habían escuchado las palabras que salían de Sus labios; sin embargo, no habían logrado aprender esta lección de humildad. Lo más humillante que sucedió entre los doce escogidos ocurrió en la noche de la traición de nuestro Señor, cuando Judas Lo vendió y Pedro Lo negó. Si había algún lugar donde debería haber estado ausente esta clase de pensamientos, era en la mesa de la Cena del Señor. Sin embargo, hallamos que cuando Cristo instituyó aquel bendito memorial, había un debate entre Sus discípulos sobre quién sería el mayor. Pensad en eso — justo bajo la Cruz, cuando el Maestro estaba «muy triste, hasta la muerte»; ya estaba gustando la amargura del Calvario, y los horrores de aquella hora oscura se estaban acumulando sobre Su alma.

Creo que si Dios nos examina, hallaremos muchas cosas en nuestras vidas que confesar. Si somos probados y puestos a prueba por la ley de Dios, habrá muchísimas cosas que tendrán que cambiar. Pregunto de nuevo: ¿Somos egoístas o celosos? ¿Estamos dispuestos a oír que otros son usados por Dios más de lo que nosotros lo somos? ¿Están nuestros amigos metodistas dispuestos a oír de un gran avivamiento de la obra de Dios entre los bautistas? ¿Se regocijarían sus almas al oír que tales esfuerzos son bendecidos?

¿Están los bautistas dispuestos a oír de un avivamiento de la obra de Dios en las iglesias metodistas, congregacionales u otras? Si estamos llenos de sentimientos estrechos, partidistas y sectarios, habrá muchas cosas que dejar a un lado. Oremos a Dios para que nos examine y nos pruebe, y vea si hay en nosotros algún camino de maldad. Si estos hombres santos y buenos sintieron que eran culpables, ¿no deberíamos nosotros temblar y procurar descubrir si hay algo en nuestras vidas de lo que Dios querría que nos desprendiéramos?

Una vez más, permitidme llamar vuestra atención a la oración de David contenida en el Salmo cincuenta y uno. Un amigo mío me dijo hace algunos años que repetía esta oración como suya propia cada semana. Creo que sería bueno que ofreciéramos estas peticiones con frecuencia; que suban directamente desde nuestros corazones. Si hemos sido orgullosos, o irritables, o faltos de paciencia, ¿no deberíamos confesarlo de inmediato? ¿No es tiempo de que comencemos en casa y pongamos nuestras vidas en orden? ¡Ved cuán pronto los impíos comenzarán entonces a preguntar por el camino de la vida! Que aquellos de nosotros que somos padres pongamos nuestras propias casas en orden y seamos llenos del Espíritu de Cristo; entonces no pasará mucho tiempo antes de que nuestros hijos pregunten qué deben hacer para obtener el mismo Espíritu. Creo que hoy, por su tibieza y formalismo, la iglesia cristiana está haciendo más infieles que todos los libros que los infieles jamás hayan escrito. No temo a las conferencias de los infieles ni la mitad de lo que temo al formalismo frío y muerto en la iglesia profesante en el tiempo presente. Una reunión de oración como la que tuvieron los discípulos en el día de Pentecostés sacudiría a toda la fraternidad infiel.

Lo que necesitamos es asirnos de Dios en oración. No vais a alcanzar a las masas con grandes sermones. Necesitamos «mover el Brazo que mueve el mundo». Para hacerlo, debemos estar limpios y bien ante Dios. «Porque si nuestro corazón nos condena, mayor es Dios que nuestro corazón, y conoce todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos condena, confianza tenemos en Dios; y cualquier cosa que pidiéremos la recibiremos de Él, porque guardamos

Sus mandamientos, y hacemos las cosas que son agradables delante de Él» (1 Juan 3:20-22).

Confesión

*«No, no desesperadamente
Vengo a Ti;
No, no con desconfianza
Doblo la rodilla;
El pecado me ha cubierto,
Pero este es aún mi ruego:
Jesús ha muerto.»*

*«¡Ah, mi iniquidad
carmesí ha sido;
infinita, infinita,
pecado sobre pecado;
pecado de no amarte,
pecado de no confiar en ti.
Pecado infinito.*

*»Señor, te confieso tristemente mi pecado;
todo lo que soy,
te lo digo,
todo lo que he sido.
Purga tú mi pecado,
lava tú mi alma este día;
¡Señor, hazme limpio!»
— Dr. H. Bonar.*

CAPÍTULO 4. RESTITUCIÓN

Un tercer elemento de la oración eficaz es la RESTITUCIÓN. Si en algún momento he tomado lo que no me pertenece, y no estoy dispuesto a hacer restitución, mis oraciones no llegarán muy lejos hacia el cielo. Es algo singular, pero nunca he tocado este tema en mis discursos sin oír de resultados inmediatos. Un hombre me dijo una vez que no necesitaría detenerme en este punto en una reunión que estaba a punto de dirigir, ya que probablemente no habría nadie presente que necesitara hacer restitución. Pero creo que si el Espíritu de Dios escudriña nuestros corazones, la mayoría de nosotros encontraremos que hay muchas cosas que deben hacerse y que nunca antes habíamos considerado.

Después de que Zaqueo se encontró con Cristo, las cosas se veían totalmente diferentes. Me atrevo a decir que la idea de hacer restitución nunca antes había entrado en su mente. Probablemente pensó esa mañana que era un hombre perfectamente honesto. Pero cuando el Señor vino y le habló, se vio a sí mismo bajo una luz completamente distinta. Observen lo breve que fue su discurso. Lo único que se registró que dijo fue esto: «He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, le restituyo cuatro veces» (Lucas 19:8). Un discurso breve; ¡pero cómo han resonado estas palabras a través de los siglos!

Con esa declaración confesó su pecado: que había sido deshonesto. Además de eso, mostró que conocía los requisitos de la ley de Moisés. Si un hombre había tomado lo que no le pertenecía, no solo debía devolverlo, sino multiplicarlo por cuatro. Creo que los hombres en esta dispensación deberían ser tan honestos como los hombres bajo la Ley. Estoy tan cansado y harto de vuestro mero sentimentalismo, que no endereza la vida de un hombre.

Podemos cantar nuestros himnos y salmos, y ofrecer oraciones, pero serán una abominación para Dios, a menos que estemos dispuestos a ser completamente rectos en nuestra vida diaria. Nada dará al cristianismo tal dominio sobre el mundo como el que el pueblo creyente de Dios comience a

actuar de esta manera. Zaqueo probablemente tuvo más influencia en Jericó después de hacer restitución que cualquier otro hombre en ella.

Finney, en sus conferencias a los cristianos profesantes, dice: «Una razón para el mandamiento: “No os conforméis a este mundo”, es la inmensa, saludable e instantánea influencia que tendría, si todos hicieran negocios según los principios del Evangelio. Dadle la vuelta a la situación, y dejad que los cristianos hagan negocios por un año según los principios del Evangelio. ¡Sacudiría el mundo! Resonaría más fuerte que el trueno. Dejad que los impíos vean a los cristianos profesantes en cada trato consultando el bien de la persona con quien comercian, buscando no su propia riqueza, sino la riqueza del otro, viviendo por encima del mundo, sin dar valor al mundo más allá de que sea un medio para glorificar a Dios; ¿qué creéis que sería el efecto? Cubriría al mundo de confusión y los abrumaría con convicción de pecado».

Finney marca como una gran señal del arrepentimiento genuino la restitución. «El ladrón que guarda el dinero que robó no se ha arrepentido. Puede tener convicción, pero no arrepentimiento. Si tuviera arrepentimiento, iría y devolvería el dinero. Si has engañado a alguien y no restituyes lo que has tomado injustamente; o si has dañado a alguien y no te propones deshacer el mal que has hecho, en la medida de tus posibilidades, no te has arrepentido verdaderamente».

En Éxodo leemos: «Si un hombre robare un buey u oveja, y lo matare o vendiere, pagará cinco bueyes por el buey, y cuatro ovejas por la oveja» (Éxodo 22:1). Y otra vez: «Si alguno hiciere pastar un campo o una viña, y metiere su bestia, y comiere el campo de otro, de lo mejor de su campo y de lo mejor de su viña pagará. Si brotare fuego, y prendiere en espinas, y quemare la hacina, o la mies en pie, o el campo, el que encendió el fuego pagará lo quemado» (Éxodo 22:5-6).

O volvamos a Levítico, donde se establece la ley de la ofrenda por la culpa; el mismo punto se insiste allí con igual claridad y fuerza.

«Si una persona peca y comete una falta contra el Señor, y miente a su prójimo en aquello que se le había confiado para guardar, o en sociedad, o en cosa robada con violencia, o ha engañado a su prójimo; o ha hallado lo que se había perdido, y miente acerca de ello, y jura falsamente; en cualquiera de todas estas cosas que un hombre haga, pecando en ello; entonces será que, por cuanto ha pecado y es culpable, restituirá aquello que robó con violencia, o la cosa que obtuvo con engaño, o lo que le fue dado en depósito, o la cosa perdida que halló, o todo aquello sobre lo cual ha jurado falsamente; lo restituirá íntegro, y añadirá la quinta parte más, y lo dará a aquel a quien pertenece, en el día de su ofrenda por la culpa» (Levítico 6:2-5).

Lo mismo se repite en Números, donde leemos:

«Y el Señor habló a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel: Cuando un hombre o una mujer cometiere alguno de todos los pecados que los hombres cometen, haciendo una falta contra el Señor, y aquella persona fuere culpable; entonces confesarán su pecado que han cometido; y él recompensará su falta con lo principal de ello, y añadirá la quinta parte, y la dará a aquel contra quien pecó. Pero si aquel hombre no tuviere pariente a quien recompensar la falta, la falta se recompensará al Señor, entregándola al sacerdote, además del carnero de la expiación, con el cual se hará expiación por él» (Números 5:5-8).

Estas fueron las leyes que Dios estableció para Su pueblo, y creo que su principio es tan vinculante hoy como lo fue entonces. Si hemos tomado algo de algún hombre, si de alguna manera hemos defraudado a un hombre, no solo confesémoslo, sino hagamos todo lo que podamos para hacer restitución. Si hemos difamado a alguien, si hemos iniciado alguna calumnia o algún informe falso sobre él, hagamos todo lo que esté en nuestro poder para deshacer el mal.

Es en referencia a una justicia práctica como esta que Dios dice en Isaías: «He aquí que para contiendas y debates ayunáis, y para herir con el puño de impiedad; no ayunéis como hoy, para que vuestra voz sea oída en lo alto. ¿Es tal el ayuno que yo escogí? ¿Un día para que el hombre aflija su alma? ¿Inclinar su cabeza como un junco, y acostarse sobre cilicio y ceniza? ¿Llamaréis esto ayuno y

día agradable al Señor? ¿No es más bien el ayuno que yo escogí: desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los oprimidos, y que rompáis todo yugo? ¿No es partir tu pan con el hambriento, y a los pobres errantes llevar a tu casa? Cuando vieres al desnudo, cubrirlo, y no esconderte de tu semejante? Entonces tu luz despuntará como la aurora, y tu sanidad brotará con rapidez; y tu justicia irá delante de ti, y la gloria del Señor será tu retaguardia. Entonces invocarás, y el Señor responderá; clamarás, y Él dirá: Heme aquí» (Isaías 58:4-9).

Trapp, en su comentario sobre Zaqueo, dice: «El sultán Selim pudo decir a su consejero Pirro, que le persuadía a otorgar las grandes riquezas que había tomado de los comerciantes persas a algún notable hospital para el alivio de los pobres, que Dios aborrece el robo como ofrenda quemada. El turco moribundo ordenó que se restaurara a sus legítimos dueños, lo cual se hizo en consecuencia, para gran vergüenza de muchos cristianos que no piensan en nada menos que en la restitución. Cuando Enrique III de Inglaterra envió a los Frailes Menores una carga de paño burdo para vestirlos, ellos lo devolvieron con este mensaje: “que no debía dar limosna de lo que había arrebatado a los pobres; ni aceptarían aquel don abominable”. El maestro Latimer dice: “Si no hacéis restitución de los bienes retenidos, toseréis en el infierno, y los demonios se reirán de vosotros”. Enrique VII, en su último testamento, después de la disposición de su alma y cuerpo, dispuso y ordenó que se hiciera restitución de todo el dinero que se había recaudado injustamente por sus oficiales. La reina María restauró todos los beneficios eclesiásticos asumidos por la corona, diciendo que valoraba más la salvación de su propia alma que diez reinos. También vino una bula del Papa, al mismo tiempo, para que otros hicieran lo mismo, pero nadie lo hizo. Latimer nos cuenta que el primer día que predicó sobre la restitución, uno vino y le dio veinte libras para restituir; al día siguiente, otro le trajo treinta libras; en otra ocasión, otro le dio doscientas libras. »

El señor Bradford, al oír a Latimer sobre ese tema, fue herido en el corazón por un solo trazo de pluma que había hecho sin el conocimiento de su maestro, y no pudo estar en paz hasta que, por consejo del maestro Latimer, se hizo la

restitución, por la cual renunció voluntariamente a todo el patrimonio privado y seguro que tenía en la tierra.

»Yo mismo», dice el señor Barroughs, “conocí a un hombre que había perjudicado a otro en solo cinco chelines, y cincuenta años después no pudo estar tranquilo hasta que lo hubo restituido”.

Si hay verdadero arrepentimiento, dará fruto. Si hemos hecho mal a alguien, nunca deberíamos pedirle a Dios que nos perdone hasta que estemos dispuestos a hacer restitución. Si le he hecho a algún hombre una gran injusticia y puedo repararla, no necesito pedirle a Dios que me perdone hasta que esté dispuesto a hacerlo. Supongamos que he tomado algo que no me pertenece. No puedo esperar perdón hasta que haga restitución. Recuerdo predicar en una ciudad del este, y un hombre de buen parecer se me acercó al final. Estaba en gran angustia de espíritu. «El hecho es», dijo, «que soy un defraudador. He tomado dinero que pertenecía a mis empleadores. ¿Cómo puedo llegar a ser cristiano sin restituirlo?» «¿Tiene usted el dinero?» Me dijo que no lo tenía todo. Había tomado unos mil quinientos dólares, y todavía tenía unos novecientos. Dijo: «¿No podría tomar ese dinero y poner un negocio, y ganar lo suficiente para pagarles?» Le dije que eso era una ilusión de Satanás, que no podía esperar prosperar con dinero robado; que debía restituir todo lo que tenía, e ir a pedir a sus empleadores que tuvieran misericordia de él y lo perdonaran. «Pero me meterán en la cárcel», dijo. «¿No puede usted darme alguna ayuda?» «No; debe restituir el dinero antes de poder esperar recibir ayuda de Dios». «Es bastante duro», dijo. «Sí, es duro; pero el gran error fue haber hecho el mal al principio». Su carga se hizo tan pesada que era, de hecho, insoportable. Me entregó el dinero, novecientos cincuenta dólares y algunos centavos, y me pidió que se lo devolviera a sus empleadores. Les conté la historia y les dije que quería misericordia de ellos, no justicia. Las lágrimas rodaron por las mejillas de aquellos dos hombres, y dijeron: «¡Perdonarlo! Sí, estaremos encantados de perdonarlo». Bajé las escaleras y lo subí. Después de que confesó su culpa y fue perdonado, todos nos arrodillamos y tuvimos una bendecida reunión de oración. Dios nos encontró y nos bendijo allí.

Había otro amigo mío que había venido a Cristo y estaba tratando de consagrarse a sí mismo y sus riquezas a Dios. Anteriormente había tenido transacciones con el Gobierno y se había aprovechado de ellas. Esto le vino a la memoria, y su conciencia lo turbó. Tuvo una lucha terrible; su conciencia seguía levantándose y golpeándolo. Finalmente, extendió un cheque por mil quinientos dólares, y lo envió al Tesoro del Gobierno. Me dijo que recibió una gran bendición después de haberlo hecho. Eso es producir frutos dignos de arrepentimiento. Creo que muchos hombres están clamando a Dios por luz; y no la están recibiendo porque no son honestos.

Un hombre vino a una de nuestras reuniones, cuando este tema fue tratado.

El recuerdo de una transacción deshonesta pasó por su mente. Vio de inmediato por qué sus oraciones no eran respondidas, sino que «volvían a su propio seno», como dice la frase de la Escritura. Salió de la reunión, tomó el tren y fue a una ciudad distante, donde había defraudado a su empleador años antes. Fue directamente a este hombre, confesó el mal y se ofreció a hacer restitución. Entonces recordó otra transacción, en la que no había cumplido con las demandas justas que recaían sobre él; de inmediato hizo arreglos para que una gran cantidad fuera devuelta. Volvió al lugar donde estábamos celebrando las reuniones, y Dios lo bendijo maravillosamente en su propia alma. No he conocido a un hombre en mucho tiempo que pareciera haber recibido una bendición tan grande.

Hace algunos años, en el norte de Inglaterra, una mujer vino a una de las reuniones y parecía estar muy angustiada por su alma. Durante algún tiempo no parecía poder obtener paz. La verdad era que estaba encubriendo una cosa que no estaba dispuesta a confesar. Por fin, la carga fue demasiado grande; y le dijo a un obrero: «Nunca me arrodillo a orar, sino que unas pocas botellas de vino siguen subiendo ante mi mente». Resultó que años antes, cuando era ama de llaves, había tomado algunas botellas de vino pertenecientes a su empleador. El obrero dijo: «¿Por qué no hace restitución?» La mujer respondió que el hombre estaba muerto; y además, no sabía cuánto valían. «¿Hay algunos herederos vivos a quienes pueda hacer restitución?» Ella dijo que había un hijo que vivía a cierta

distancia; pero pensó que sería algo muy humillante, así que se contuvo por algún tiempo. Por fin sintió que debía tener una conciencia limpia a cualquier costo, así que tomó el tren y fue al lugar donde residía el hijo de su empleador. Llevó cinco libras consigo; no sabía exactamente cuánto valía el vino, pero eso lo cubriría de todos modos. El hombre dijo que no quería el dinero, pero ella respondió: «Yo no lo quiero; me ha quemado el bolsillo por mucho tiempo». Así que él aceptó tomar la mitad y darla a algún objeto caritativo. Entonces ella volvió; y creo que fue una de las mortales más felices que he conocido. Dijo que no podía decir si estaba en el cuerpo o fuera de él: tal bendición había llegado a su alma.

Puede ser que haya algo en nuestras vidas que necesita ser enderezado; algo que sucedió quizás hace veinte años, y que ha sido olvidado hasta que el Espíritu de Dios lo trajo a nuestro recuerdo. Si no estamos dispuestos a hacer restitución, no podemos esperar que Dios nos dé una gran bendición.

Quizás esa es la razón por la que tantas de nuestras oraciones no son respondidas.

La Limpieza Perfecta

*«Quien quisiera ser limpiado de todo pecado,
Debe traer al altar santo de Dios
Toda la vida: sus gozos, sus lágrimas,
Sus esperanzas, sus amores, sus poderes, sus años,
La voluntad, y toda cosa apreciada.*

*Debe hacer este sacrificio radical:
Escoger a Dios, y desafiar el reproche y la vergüenza,
Y mantenerse firme con valentía en la tormenta o la llama
Por Aquel que pagó el precio de la redención;
Entonces confiar (no luchar por creer),
Y confiando esperar, sin dudar, sino orar
Que en Su buen tiempo Él diga:
"Tu fe te ha salvado; ahora recibe."*

*Su tiempo es cuando el alma lo trae todo,
Todo está sobre Su altar puesto;
Cuando el orgullo y la presunción son muertos,
Y crucificados con Cristo, caemos
Impotentes sobre Su palabra, y yacemos;
Cuando, fieles a Su palabra, sentimos*

*El toque purificador, el sello del Espíritu,
Y sabemos que Él santifica.»*
— A. T. Allis.

CAPÍTULO 5. LA ACCIÓN DE GRACIAS

Lo siguiente que mencionaría como elemento de la oración es LA ACCIÓN DE GRACIAS.

Deberíamos estar más agradecidos por lo que recibimos de Dios. Quizás algunas de ustedes, madres, tienen un hijo en su familia que está constantemente quejándose: nunca agradecido. Ustedes saben que no hay mucho placer en hacer algo por un niño así. Si se encuentran con un mendigo que siempre está refunfuñando y nunca parece agradecido por lo que le dan, muy pronto le cierran la puerta en la cara por completo. La ingratitud es quizás lo más difícil que tenemos que enfrentar. El gran poeta inglés dice: «Sopla, sopla, viento de invierno: no eres tan despiadado como la ingratitud del hombre; tu diente no es tan afilado, porque no eres visto, aunque tu aliento sea rudo».

No podemos hablar demasiado claramente de este mal, que degrada tanto a quienes son culpables de él. Incluso en los cristianos hay demasiado de esto para ser visto. Aquí estamos, recibiendo bendiciones de Dios día tras día; ¡y sin embargo cuán poca alabanza y acción de gracias hay en la Iglesia de Dios!

Gurnall, en su *Armadura Cristiana*, refiriéndose a las palabras «En todo dad gracias», dice: «La alabanza es hermosa para los rectos». Un "santo ingrato" lleva una contradicción consigo mismo. El mal y la ingratitud son gemelos que viven y mueren juntos; en la medida en que alguien cesa de ser malo, comienza a ser agradecido. Es lo que Dios espera de tus manos; Él te hizo para este fin. Cuando el decreto pasó en el cielo para tu existencia —sí, feliz existencia en Cristo— fue con este propósito: que fueras un nombre y una alabanza para Él en la tierra en el tiempo, y en el cielo por la eternidad. Si Dios fallara en esto, Él fallaría en una parte principal de Su designio. ¿Qué lo impulsa a otorgar cada misericordia, sino para darte materia para componer un cántico para Su alabanza? "Ellos son Mi pueblo, hijos que no mentirán; así Él fue su Salvador."

Él espera un trato justo de tus manos. ¿A quién puede un padre confiar su reputación, si no a su hijo? ¿Dónde puede un príncipe esperar honor, si no entre

sus favoritos? Tu estado es tal que la menor misericordia que tienes es más que todo el mundo además. ¡Tú, cristiano, y tus pocos hermanos, dividís el cielo y la tierra entre vosotros! ¿Qué tiene Dios que Él te retenga? El sol, la luna y las estrellas están puestos para darte luz; el mar y la tierra tienen sus tesoros para tu uso; otros son usurpadores de ellos; tú eres el heredero legítimo de ellos; ellos gimen de que otros sean servidos por ellos. Los ángeles, malos y buenos, te sirven; los malos, contra su voluntad, son forzados como pinches de cocina cuando te tientan, a pulir y brillar tus gracias, y a abrir camino para tus mayores consuelos; los ángeles buenos son siervos de tu Padre celestial, y no desdeñan llevarte en sus brazos. Tu Dios no se retiene a Sí mismo de ti; Él es tu porción: Padre, Esposo, Amigo. Dios es Su propia felicidad, y te admite a gozar de Él. ¡Oh, qué honor es este, que el súbdito beba de la copa de su príncipe! "Les harás beber del río de Tus deleites." Y todo esto no es la compra de tu sudor y sangre; la fiesta es pagada por Otro; solo Él espera tus gracias al Fundador. Ninguna ofrenda por el pecado es impuesta bajo el Evangelio; las ofrendas de gracias son todo lo que Él busca.»

Charnock, al disertar sobre la Adoración Espiritual, dice: «La alabanza de Dios es el sacrificio y la adoración más escogidos, bajo una dispensación de gracia redentora. Esta es la parte primordial y eterna de la adoración bajo el Evangelio. El Salmista, hablando de los tiempos del evangelio, nos estimula a este tipo de adoración: "Cantad al Señor un cántico nuevo; alégrense los hijos de Sión en su Rey; alégrense los santos en la gloria; canten en voz alta sobre sus camas; las alabanzas excelsas de Dios estén en su boca." Él comienza y termina ambos Salmos con ¡Alabad al Señor! Aquello no puede ser una adoración espiritual y evangélica que no tiene nada de la alabanza de Dios en el corazón. La consideración de las perfecciones adorables de Dios descubiertas en el Evangelio nos hará venir a Él con más seriedad, pedir bendiciones de Él con más confianza, volar a Él con una fe y amor alados, y glorificarlo más espiritualmente en nuestras asistencias ante Él».

Hay mucho más dicho en la Biblia acerca de la alabanza que de la oración; isin embargo, cuán pocas reuniones de alabanza hay! David, en sus Salmos, siempre

mezcla la alabanza con la oración. Salomón prevaleció mucho con Dios en oración en la dedicación del templo; pero fue la voz de la alabanza la que hizo descender la gloria que llenó la casa; porque leemos: «Y aconteció que cuando los sacerdotes salieron del lugar santo (porque todos los sacerdotes que estaban presentes se habían santificado, y no esperaban por turnos; también los levitas, que eran los cantores, todos ellos de Asaf, de Hemán, de Jedutún, con sus hijos y sus hermanos, vestidos de lino fino, con címbalos, salterios y arpas, estaban al extremo oriental del altar, y con ellos ciento veinte sacerdotes que tocaban trompetas); y cuando los trompetistas y los cantores eran como uno solo, para emitir un solo sonido al alabar y dar gracias al Señor; y cuando alzaron su voz con trompetas, címbalos e instrumentos de música, y alabaron al Señor, diciendo: "Porque Él es bueno, porque Su misericordia perdura para siempre;" entonces la casa se llenó de una nube, la casa del Señor; de modo que los sacerdotes no pudieron permanecer para ministrar a causa de la nube, porque la gloria del Señor había llenado la casa de Dios».

Leemos también de Josafat, que obtuvo la victoria sobre los ejércitos de Amón y Moab mediante la alabanza, la cual fue excitada por la fe y el agradecimiento a Dios.

«Y se levantaron temprano en la mañana, y salieron al desierto de Tecoa; y al salir, Josafat se puso de pie y dijo: "Oídmeme, oh Judá, y habitantes de Jerusalén: creed en el Señor vuestro Dios, y seréis establecidos; creed a Sus profetas, y prosperaréis." Y cuando hubo consultado con el pueblo, designó cantores para el Señor, que alabaran la hermosura de la santidad, mientras salían delante del ejército, y dijeran: "Alabad al Señor, porque Su misericordia perdura para siempre." Y cuando comenzaron a cantar y a alabar, el Señor puso emboscadas contra los hijos de Amón, de Moab y del Monte Seir, que habían venido contra Judá; y fueron derrotados.»

Se dice que en un tiempo de gran desaliento entre los primeros colonos de Nueva Inglaterra, se propuso en una de sus asambleas públicas proclamar un ayuno. Un viejo granjero se levantó, habló de cómo estaban provocando al cielo con sus quejas, repasó sus medidas, mostró que tenían mucho por lo cual estar

agradecidos, y propuso que en lugar de designar un día de ayuno, designaran un día de acción de gracias. Esto se hizo; y la costumbre se ha continuado desde entonces.

Por muy grandes que sean nuestras dificultades, o muy profundos incluso nuestros dolores, hay lugar para la gratitud. Thomas Adams ha dicho: «Guarda en el arca de tu memoria no solo la vasija de maná, el pan de vida; sino también la vara de Aarón, el mismo azote de la corrección, con el cual has sido mejorado. Bendito sea el Señor, no solo cuando da, sino cuando quita, dice Job. Dios, que ve que no se camina sobre rosas hacia el cielo, pone a Sus hijos en el camino de la disciplina; y por el fuego de la corrección consume el óxido de la corrupción. Dios envía la tribulación, luego nos manda invocarlo; promete nuestra liberación; y por último, todo lo que requiere de nosotros es que lo glorifiquemos: "Invócame en el día de la tribulación; te libraré, y tú me glorificarás." Como el ruiseñor podemos cantar en la noche, y decir con John Newton: *"Ya que todo lo que encuentre obrará para mi bien, lo amargo es dulce, la medicina es alimento; aunque doloroso al presente, cesará antes de mucho, y entonces —ioh, cuán agradable!— el cántico del vencedor."*

Entre todos los apóstoles, ninguno sufrió tanto como Pablo; pero de ninguno de ellos encontramos que dé gracias tan a menudo como él. Tomen su carta a los Filipenses. Recuerden lo que sufrió en Filipos; cómo le aplicaron muchos azotes y lo echaron en la cárcel. Sin embargo, cada capítulo de esa Epístola habla de regocijarse y dar gracias. Está ese conocido pasaje: «Por nada estéis afanosos, sino en todo, mediante oración y súplica, con acción de gracias, sean dadas a conocer vuestras peticiones delante de Dios.» Como alguien ha dicho, hay aquí tres ideas preciosas: «afanoso por nada; orante por todo; y agradecido por cualquier cosa.» Siempre obtenemos más al estar agradecidos por lo que Dios ha hecho por nosotros. Pablo dice nuevamente: «Damos gracias a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando siempre por vosotros.» Así que él estaba constantemente dando gracias. Tomen cualquiera de sus Epístolas, y la encontrarán llena de alabanza a Dios.

Aunque nada más exigiera gratitud, siempre sería una causa amplia para ella el que Jesucristo nos amó y se entregó a Sí mismo por nosotros. Un granjero fue encontrado una vez arrodillado junto a la tumba de un soldado cerca de Nashville. Alguien vino a él y le dijo: «¿Por qué presta tanta atención a esta tumba? ¿Estaba su hijo enterrado aquí?» «No», dijo. «Durante la guerra, mi familia estaba toda enferma; no sabía cómo dejarlos. Fui reclutado. Uno de mis vecinos vino y dijo: "Yo iré por usted; no tengo familia." Se fue. Fue herido en Chickamauga. Fue llevado al hospital, y allí murió. Y, señor, he venido muchas millas para poder escribir sobre su tumba estas palabras: "Él murió por mí."»

Esto el creyente puede decir siempre de su bendito Salvador, y en este hecho bien puede regocijarse. «Por tanto, ofrezcamos por medio de Él sacrificio de alabanza continuamente, es decir, fruto de labios que confiesen Su nombre.»

La Alabanza De Dios

*«¡Habla, labios míos!
Y proclama por doquier
Las alabanzas de mi Dios.
¡Habla, lengua balbuciente!
Con tono más gozoso,
Haz conocer Sus excelsas alabanzas.*

*«¡Hablad, mar y tierra!
¡Estrella suprema del cielo,
Hablad desde vuestros reinos lejanos!
Tomad la nota,
Y hacedla resonar
Hasta el confín más lejano de la creación.*

*«¡Habla, cielo de los cielos!
Donde nuestro Dios
Ha hecho Su brillante morada.
¡Hablad, ángeles, hablad!
En cantos proclamad
Su nombre eterno.*

*«¡Habla, hijo del polvo!
Tu carne Él tomó
Y el cielo por ti abandonó.
«¡Habla, hijo de la muerte!
Tu muerte Él murió,*

Bendice tú al crucificado.»

— Dr. Bonar.

CAPÍTULO 6. EL PERDÓN

Lo siguiente es quizás lo más difícil de tratar: EL PERDÓN. Creo que esto impide que más personas tengan poder con Dios que cualquier otra cosa: no están dispuestas a cultivar el espíritu del perdón. Si permitimos que la raíz de amargura brote en nuestros corazones contra alguien, nuestra oración no será respondida. Puede que no sea fácil vivir en dulce comunión con todos aquellos con quienes entramos en contacto; pero para eso se nos ha dado la gracia de Dios.

La oración de los discípulos es una prueba de filiación; si podemos orarla toda desde el corazón, tenemos buenas razones para pensar que hemos nacido de Dios. Nadie puede llamar a Dios «Padre» sino por el Espíritu. Aunque esta oración ha sido una gran bendición para el mundo, creo que también ha sido una gran trampa; muchos tropiezan en ella y caen en la perdición. No sopesan su significado ni llevan sus verdades al corazón. No simpatizo con la idea de la filiación universal, de que todos los hombres son hijos de Dios. La Biblia enseña muy claramente que somos adoptados en la familia de Dios. Si todos fueran hijos, Dios no necesitaría adoptar a nadie. Todos somos de Dios por creación; pero cuando la gente enseña que cualquier hombre puede decir: «Padre nuestro que estás en los cielos», haya nacido de Dios o no, creo que eso es contrario a las Escrituras. «Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios.» La filiación en la familia es el privilegio del creyente. «En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo», dice el Apóstol. Si hacemos la voluntad de Dios, esa es una muy buena señal de que hemos nacido de Dios. Si no tenemos deseo de hacer esa voluntad, ¿cómo podemos llamar a Dios «Padre nuestro»?

Otra cosa: no podemos orar verdaderamente para que venga el reino de Dios hasta que estemos en él. Si oráramos por la venida del reino de Dios mientras estamos rebelándonos contra Él, solo estaríamos buscando nuestra propia condenación. Ningún hombre no renovado quiere realmente que la voluntad de Dios se haga en la tierra. Podríamos escribir sobre la puerta de la casa de todo

hombre no salvo, y sobre el lugar de su negocio: «Aquí no se hace la voluntad de Dios.»

Si las naciones realmente elevaran esta oración, todos sus ejércitos podrían ser licenciados. Nos dicen que hay unos doce millones de hombres en los ejércitos permanentes solo de Europa. Pero los hombres no quieren que la voluntad de Dios se haga en la tierra como se hace en el cielo; ese es el problema.

Ahora, vengamos a la parte en la que quiero detenerme: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Esta es la única parte de la oración que Cristo explicó.

«Porque si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras ofensas.»

Noten que cuando entran por la puerta del reino de Dios, entran por la puerta del perdón. Nunca conocí a un hombre que recibiera una bendición en su propia alma si no estuviera dispuesto a perdonar a otros. Si no estamos dispuestos a perdonar a otros, Dios no puede perdonarnos. No sé cómo podría ser el lenguaje más claro de lo que es en estas palabras de nuestro Señor. Creo firmemente que muchas oraciones no son respondidas porque no estamos dispuestos a perdonar a alguien. Dejen que su mente repase el pasado y recorra el círculo de sus conocidos; ¿hay alguno contra quien estén alimentando sentimientos duros? ¿Hay alguna raíz de amargura brotando contra alguien que quizás les haya agraviado? Puede que durante meses o años hayan estado alimentando este espíritu de falta de perdón; ¿cómo pueden pedirle a Dios que les perdone? Si yo no estoy dispuesto a perdonar a quienes puedan haber cometido una sola ofensa contra mí, ¡qué cosa mezquina y despreciable sería pedirle a Dios que perdone las diez mil transgresiones de las que he sido culpable!

Pero Cristo va aún más lejos. Dice: «Si traes tu ofrenda al altar, y allí te acuerdas de que tu hermano tiene algo contra ti; deja allí tu ofrenda delante del altar, y vete; primero reconcílate con tu hermano, y entonces ven y presenta tu ofrenda.» Puede que estén diciendo: «No sé si tengo algo contra alguien.» ¿Hay

alguien que tenga algo contra ustedes? ¿Hay alguien que piense que le han hecho mal? Quizás no lo hayan hecho; pero puede que ellos piensen que sí. Les diré lo que yo haría antes de irme a dormir esta noche: iría a verlos y resolvería la cuestión. Descubrirán que serán grandemente bendecidos en el mismo acto.

Supongamos que ustedes tienen la razón y ellos están equivocados; pueden ganarse a su hermano o hermana. Que Dios arranque de todos nuestros corazones este espíritu de falta de perdón.

Un caballero vino a mí hace algún tiempo y quería que hablara con su esposa acerca de su alma. Esa mujer parecía tan ansiosa como cualquier persona que haya conocido, y pensé que no tomaría mucho tiempo llevarla a la luz; pero parecía que cuanto más hablaba con ella, más aumentaba su oscuridad. Fui a verla de nuevo al día siguiente y la encontré en una oscuridad de alma aún mayor. Pensé que debía haber algo en el camino que no había descubierto, y le pedí que repitiera conmigo esta oración de los discípulos. Pensé que si ella podía decir esta oración desde el corazón, el Señor la encontraría en paz. Comencé a repetirla frase tras frase, y ella la repetía después de mí hasta que llegué a esta petición: «Perdónanos nuestras deudas, como también nosotros perdonamos a nuestros deudores.» Allí se detuvo. La repetí por segunda vez y esperé a que la dijera después de mí; ella dijo que no podía hacerlo. «¿Cuál es el problema?» Ella respondió: «Hay una mujer a la que nunca perdonaré.» «Oh», dije, «he encontrado su dificultad; no sirve de nada que yo siga orando, porque sus oraciones no subirán más alto que mi cabeza. Dios dice que no la perdonará a menos que usted perdone a otros. Si no perdona a esta mujer, Dios nunca la perdonará a usted. Ese es el decreto del cielo.» Ella dijo: «¿Quiere decir que no puedo ser perdonada hasta que haya perdonado a esa mujer?» «No, no lo digo yo; lo dice el Señor, y esa es una autoridad mucho mejor.» Dijo ella: «Entonces nunca seré perdonada.» Salí de la casa sin haber causado ninguna impresión en ella. Unos años después, oí que esta mujer estaba en un manicomio. Creo que este espíritu de falta de perdón la volvió loca.

Si hay alguien que tenga algo contra ustedes, vayan de inmediato y reconcíliense. Si tienen algo contra alguien, escríbanle una carta diciéndole que lo

perdonan, y así quiten esto de su conciencia. Recuerdo estar en la sala de consulta hace algunos años; estaba en un rincón de la sala, hablando con una joven. Parecía haber algo en el camino, pero no podía descubrir qué era. Por fin dije: «¿No hay alguien a quien usted no perdone?» Ella me miró y dijo: «¿Qué le hizo preguntar eso?» ¿Le ha contado alguien acerca de mí? «No», le dije; «pero supuse que quizás ese podría ser el caso, ya que usted misma no ha recibido perdón». «Bueno», dijo ella, señalando a otro rincón de la habitación, donde estaba sentada una joven, «he tenido problemas con esa joven; no nos hemos hablado por mucho tiempo». «Ah», le dije, «todo me queda claro ahora; usted no puede ser perdonada hasta que esté dispuesta a perdonarla a ella». Fue una gran lucha. Pero ustedes saben que cuanto mayor es la cruz, mayor es la bendición. Es humano errar, pero es semejante a Cristo perdonar y ser perdonado. Finalmente, esta joven dijo: «Iré y la perdonaré». Curioso es decirlo, el mismo conflicto estaba ocurriendo en la mente de la dama en la otra parte de la habitación. Ambas volvieron en sí casi al mismo tiempo.

Se encontraron en medio del piso. Una intentó decir que perdonaba a la otra, pero no pudieron terminar; así que se lanzaron a los brazos la una de la otra. Entonces los cuatro —las dos buscadoras y las dos obreras— nos arrodillamos juntos, y tuvimos una reunión gloriosa. Estas dos se fueron regocijándose.

Querido amigo, ¿es esta la razón por la que sus oraciones no son respondidas? ¿Hay algún amigo, algún miembro de su familia, alguien en la iglesia, a quien usted no ha perdonado? A veces oímos de miembros de la misma iglesia que no se han hablado por años. ¿Cómo podemos esperar que Dios perdone cuando este es el caso?

Recuerdo una ciudad que el Sr. Sankey y yo visitamos. Durante una semana parecía que estábamos golpeando el aire; no había poder en las reuniones. Finalmente dije un día que quizás había alguien cultivando ese espíritu de falta de perdón. El presidente de nuestro comité, que estaba sentado a mi lado, se levantó y salió de la reunión justo delante de la audiencia. La flecha había dado en el blanco y había llegado al corazón del presidente del comité. Él había tenido problemas con alguien durante unos seis meses. Inmediatamente buscó a ese

hombre y le pidió que lo perdonara. Vino a mí con lágrimas en los ojos y dijo: «Doy gracias a Dios de que usted haya venido aquí». Esa noche la sala de consulta estuvo repleta. El presidente se convirtió en uno de los mejores obreros que he conocido, y ha estado activo en el servicio cristiano desde entonces.

Hace varios años, la Iglesia de Inglaterra envió a un devoto misionero a Nueva Zelanda. Después de algunos años de trabajo y éxito, un domingo estaba celebrando un servicio de comunión en un distrito donde los conversos no hacía mucho que habían sido salvajes. Mientras el misionero dirigía el servicio, observó a uno de los hombres que, justo cuando estaba a punto de arrodillarse en el altar, repentinamente se puso de pie y se apresuró a ir al extremo opuesto de la iglesia. Poco después regresó y tranquilamente ocupó su lugar. Después del servicio, el clérigo lo llevó aparte y le preguntó la razón de su extraño comportamiento. Él respondió: «Cuando estaba a punto de arrodillarme, reconocí en el hombre a mi lado al jefe de una tribu vecina, que había asesinado a mi padre y había bebido su sangre; y había jurado por todos los dioses que mataría a ese hombre en la primera oportunidad. El impulso de vengarme, al principio casi me sobrepasó, y me alejé apresuradamente, como usted me vio, para escapar de su poder. Mientras estaba en el otro extremo de la sala y consideraba el propósito de nuestra reunión, pensé en Aquel que oró por sus propios asesinos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen». Y sentí que podía perdonar al asesino de mi padre, y vine y me arrodillé a su lado».

Como alguien ha dicho: «Hay una especie fea de perdón en el mundo —una especie de perdón de erizo, disparado como púas. Los hombres toman a uno que los ha ofendido, y lo sientan frente al soplete de su indignación, y lo chamuscan, y le queman su falta; y cuando lo han amasado suficientemente con sus puños, entonces lo perdonan».

El padre de Federico el Grande, en su lecho de muerte, fue advertido por M. Roloff, su consejero espiritual, de que estaba obligado a perdonar a sus enemigos. Estaba bastante preocupado, y después de una pausa momentánea dijo a la Reina: «Tú, Feekin, puedes escribir a tu hermano (el Rey de Inglaterra) después de que yo muera,² y decirle que lo perdoné y que morí en paz con él». «Sería

mejor», sugirió suavemente M. Roloff, «que su majestad escribiera de inmediato». «No», fue la severa respuesta. «Escribe después de que yo muera. Eso será más seguro».

Otra historia cuenta de un hombre que, suponiendo que estaba a punto de morir, expresó su perdón a uno que lo había perjudicado, pero añadió: «Ahora, cuidadito, si me recupero, el viejo rencor sigue en pie». Amigos míos, eso no es perdón en absoluto. Creo que el verdadero perdón incluye olvidar la ofensa — ponerla completamente fuera de nuestros corazones y memorias.

Como dice Matthew Henry: «No perdonamos a nuestro hermano ofensor de manera correcta ni aceptable si no lo perdonamos de corazón, porque es eso lo que Dios mira. Ninguna malicia debe albergarse allí, ni mala voluntad hacia nadie; ningún proyecto de venganza debe incubarse allí, ni deseos de ella, como los hay en muchos que exteriormente parecen pacíficos y reconciliados. Debemos desear y buscar de corazón el bienestar de aquellos que nos han ofendido».

Si el perdón de Dios fuera como el que a menudo mostramos nosotros, no valdría mucho. Supongamos que Dios dijera: «Te perdonaré, pero nunca lo olvidaré; por toda la eternidad te lo estaré recordando»; no sentiríamos que eso es perdón en absoluto. Noten lo que Dios dice: «No me acordaré más de sus pecados». En un pasaje de Ezequiel se dice que ni uno solo de nuestros pecados será mencionado; ¿no es eso propio de Dios? Me encanta predicar este perdón — la dulce verdad de que el pecado es borrado por tiempo y eternidad, y nunca más será mencionado contra nosotros. En otra Escritura leemos: «Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades».

Entonces, cuando uno vuelve al capítulo once de Hebreos y lee la lista de honor de Dios, encuentra que ni uno solo de los pecados de aquellos hombres de fe es mencionado. Abraham es mencionado como el hombre de fe; pero no se cuenta cómo negó a su esposa en Egipto; todo eso había sido perdonado. Moisés fue excluido de la Tierra Prometida porque perdió la paciencia; pero esto no es mencionado en el Nuevo Testamento, aunque su nombre aparece en la lista de

honor del Apóstol. Sansón también es nombrado, pero sus pecados no son sacados a relucir de nuevo. ¡Cómo! Hasta leemos del «justo Lot»; no parecía mucho un hombre justo en la historia del Antiguo Testamento, pero ha sido perdonado, y Dios lo ha hecho «justo». Si una vez somos perdonados por Dios, nuestros pecados no serán recordados contra nosotros nunca más. Este es el decreto eterno de Dios.

Brooks dice del perdón que Dios concede a su pueblo: «Cuando Dios perdona el pecado, lo quita por completo; que si fuera buscado, no podría ser hallado; como habla el profeta Jeremías: "En aquellos días, y en aquel tiempo, dice Jehová, la iniquidad de Israel será buscada, y no existirá; y los pecados de Judá, y no serán hallados; porque perdonaré a los que yo haya dejado." Como David, cuando vio en Mefi-boset los rasgos de su amigo Jonatán, no tomó en cuenta su cojera ni ningún otro defecto o deformidad; así Dios, al contemplar en su pueblo la gloriosa imagen de su Hijo, cierra los ojos ante todas sus faltas y deformidades, lo cual hizo que Lutero dijera: "Haz conmigo lo que quieras, ya que has perdonado mi pecado." ¿Y qué es perdonar el pecado, sino no mencionar el pecado?»

Leemos en el Evangelio de Mateo: «Por tanto, si tu hermano peca contra ti, ve y repréndele estando tú y él solos; si te oyere, has ganado a tu hermano». Luego, un poco más adelante, leemos que Pedro viene a Cristo y dice: «Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete?» Jesús respondió: «No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete». Pedro no parecía pensar que estuviera en peligro de caer en pecado; su pregunta era: ¿Con qué frecuencia debo perdonar a mi hermano? Pero muy pronto oímos que Pedro ha caído. Puedo imaginar que cuando cayó, el dulce pensamiento le vino de lo que el Maestro había dicho acerca de perdonar hasta setenta veces siete. La voz del pecado puede ser fuerte, pero la voz del perdón es más fuerte.

Entremos en la experiencia de David cuando dijo: «Bienaventurado aquel cuya transgresión ha sido perdonada, y cubierto su pecado. Bienaventurado el hombre a quien Jehová no le imputa iniquidad, y en cuyo espíritu no hay engaño».

Cuando guardé silencio, mis huesos se envejecieron por mi gemir todo el día. Porque de día y de noche tu mano pesaba sobre mí; mi frescura se volvió como sequedad de estío. Confesé mi pecado ante ti, y no escondí mi iniquidad. Dije: Confesaré mis transgresiones al Señor; y tú perdonaste la iniquidad de mi pecado.

David podía mirar abajo, arriba, atrás y adelante; al pasado, presente y futuro; y saber que todo estaba bien. Resolvamos en nuestra mente que no descansaremos hasta que esta cuestión del pecado esté para siempre resuelta, de modo que podamos levantar la vista y reclamar a Dios como nuestro Padre perdonador. Estemos dispuestos a perdonar a otros, para que podamos reclamar el perdón de Dios, recordando las palabras del Señor Jesús, cómo dijo: «Si perdonáis a los hombres sus ofensas, vuestro Padre celestial también os perdonará a vosotros; pero si no perdonáis a los hombres sus ofensas, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas».

El Perdón

*«¡Ahora, oh gozo! mis pecados son perdonados!
¡Ahora puedo y creo!
Todo lo que tengo, y soy, y seré,
a mi precioso Señor le doy;
Él despertó mis letales sueños,
dispersó la oscura noche de mi alma;
Susurró paz, y me atrajo hacia Él,
se hizo mi mayor deleite.*

*»Que el bebé olvide a su madre,
que el novio desaire a su novia;
fiel a Él, no amaré a otro,
aferrándome siempre a Su lado.
»Jesús, escucha la confesión de mi alma;
débil soy, pero tuya es la fuerza;
en Tus brazos, por fuerza y socorro,
en calma pueda mi alma descansar».*

— Albert Midlane.

CAPÍTULO 7. UNIDAD

Lo siguiente que necesitamos tener, si queremos que nuestras oraciones sean respondidas, es: UNIDAD. Si no nos amamos unos a otros, ciertamente no tendremos mucho poder con Dios en la oración. Una de las cosas más tristes en el día de hoy es la división en la Iglesia de Dios. Noten que cuando el poder de Dios vino sobre la iglesia primitiva, fue cuando estaban todos de un mismo acuerdo. Creo que la bendición de Pentecostés nunca se habría dado si no hubiera sido por ese espíritu de unidad. Si hubieran estado divididos y discutiendo entre ellos, ¿creen ustedes que el Espíritu Santo habría venido, y esos miles se habrían convertido? He notado en nuestro trabajo, que si hemos ido a una ciudad donde tres iglesias estaban unidas en ello, hemos tenido mayor bendición que si solo una iglesia estuviera en simpatía. Y si ha habido doce iglesias unidas, la bendición se ha multiplicado por cuatro; siempre ha sido en proporción al espíritu de unidad que se ha manifestado. Donde hay contiendas y divisiones, y donde el espíritu de unidad está ausente, hay muy poca bendición y alabanza.

El Dr. Guthrie ilustra este hecho de la siguiente manera; dice: «Separad los átomos que forman el martillo, y cada uno caería sobre la piedra como un copo de nieve; pero soldados en uno solo, y empuñados por el firme brazo del cantero, romperán las masivas rocas. Dividid las aguas del Niágara en gotas distintas e individuales, y no serían más que la lluvia que cae, pero en su cuerpo unido apagarían los fuegos del Vesubio, y les sobraría algo para los volcanes de otras montañas».

La historia nos dice que fue acordado por ambos ejércitos, el de los romanos y el de los albanos, someter la prueba de todo al resultado de una batalla entre seis hermanos: tres de un lado, los hijos de Curacio, y tres del otro, los hijos de Horacio. Mientras los Curiacios estuvieron unidos, aunque los tres estaban gravemente heridos, mataron a dos de los Horacios. El tercero comenzó a huir, aunque no estaba herido en absoluto; y cuando los vio seguirlo lentamente, uno tras otro, a causa de las heridas y la pesada armadura, cayó sobre ellos uno por

uno, y los mató a los tres. Es la astuta estratagema del diablo dividirnos para destruirnos.

Debemos soportar mucho y sacrificar mucho, antes que permitir que la discordia y la división prevalezcan en nuestros corazones. Martín Lutero dice: «Cuando dos cabras se encuentran en un puente estrecho sobre aguas profundas, ¿cómo se comportan? Ninguna de las dos puede dar la vuelta, ni puede pasar a la otra, porque el puente es demasiado estrecho; si se empujaban mutuamente, ambas podrían caer al agua y ahogarse. La naturaleza, entonces, les ha enseñado que si una se echa y permite que la otra pase sobre ella, ambas permanecen ilesas. Así también las personas deberían más bien soportar ser pisoteadas que caer en debates y discordias unos con otros».

Cawdray dice: «Así como en la música, si la armonía de los tonos no es completa, es ofensiva para el oído cultivado; así también, si los cristianos no están de acuerdo entre sí, son inaceptables para Dios».

Hay diversidad de dones — eso se enseña claramente — pero hay un solo Espíritu. Si todos hemos sido redimidos con la misma sangre, deberíamos ver las cosas de la misma manera en lo espiritual. Pablo escribe: «Ahora bien, hay diversidad de dones, pero el mismo Espíritu. Y hay diferencias de administraciones, pero el mismo Señor».

Donde hay unión, no creo que ningún poder, terrenal o infernal, pueda prevalecer contra la obra. Cuando la iglesia, el púlpito y el banco se unen, y el pueblo de Dios está de un mismo sentir, el cristianismo es como una bola al rojo vivo que rueda sobre la tierra, y todas las huestes de la muerte y del infierno no pueden prevalecer contra ella. Creo que entonces los hombres vendrán en multitudes al Reino por cientos y miles. «En esto», dice Cristo, «conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis unos a otros». Si tan solo nos amamos unos a otros, y oramos unos por otros, habrá éxito. Dios no nos defraudará.

No puede haber separación ni división real en la verdadera Iglesia de Cristo; ellos son redimidos por un solo precio, y habitados por un solo Espíritu. Si pertenezco a la familia de Dios, he sido comprado con la misma sangre, aunque

no pertenezca al mismo partido sectario que otro. Lo que debemos hacer es derribar estos miserables muros sectarios. Nuestra debilidad ha estado en nuestra división; y lo que necesitamos es que no haya cisma ni división entre aquellos que aman al Señor Jesucristo. En la Primera Epístola a los Corintios leemos acerca de los primeros síntomas del sectarismo que entraban en la iglesia primitiva:

«Os ruego, pues, hermanos, por el nombre de nuestro Señor Jesucristo, que habléis todos una misma cosa, y que no haya entre vosotros divisiones, sino que estéis perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer. Porque he sido informado acerca de vosotros, hermanos míos, por los de la casa de Cloé, que hay contiendas entre vosotros. Y esto digo: que cada uno de vosotros dice: Yo soy de Pablo; y yo de Apolos; y yo de Cefas; y yo de Cristo. ¿Está dividido Cristo? ¿Fue Pablo crucificado por vosotros? ¿O fuisteis bautizados en el nombre de Pablo?»

Noten cómo uno decía: «Yo soy de Pablo»; y otro: «Yo soy de Apolos»; y otro: «Yo soy de Cefas». Apolos era un joven orador, y la gente había sido cautivada por su elocuencia. Algunos decían que Cefas, o Pedro, era del linaje apostólico regular, porque había estado con el Señor, y Pablo no. Así que estaban divididos, y Pablo escribió esta carta para resolver la cuestión.

Jenkyn, en su comentario sobre la Epístola de Judas, dice: «Los partícipes de la "común salvación", que aquí están de acuerdo en un mismo camino al cielo, y que esperan estar en el futuro en un mismo cielo, deberían ser de un mismo corazón. Es la inferencia del Apóstol en Efesios. ¡Qué asombrosa miseria es que aquellos que están de acuerdo en la fe común discrepen como enemigos comunes! ¡Que los cristianos vivan como si la fe hubiera desterrado el amor! Esta fe común debería apaciguar y templar nuestros espíritus en todas nuestras diferencias. Esto debería moderar nuestras mentes, aunque haya desigualdad en las relaciones terrenales. ¡Qué poderoso motivo fue aquel de los hermanos de José para que él perdonara su pecado, siendo ellos sus hermanos y siervos del Dios de sus padres! Aunque nuestro propio aliento no pueda apagar la llama de la contienda, oh, que la sangre de Cristo la extinga».

¡Qué extraño estado de cosas encontrarían Pablo, Cefas y Apolos si vinieran al mundo de hoy! El pequeño árbol que brotó en Corinto ha crecido hasta convertirse en un árbol como el de Nabucodonosor, con muchas de las aves del cielo reunidas en él. Supongamos que Pablo y Cefas descendieran a nosotros ahora; oirían de inmediato acerca de nuestros Eclesiásticos y Disidentes. «¿Un disidente?», dice Pablo, «¿qué es eso?» «Tenemos una Iglesia de Inglaterra, y hay aquellos que disienten de la Iglesia.» «¡Oh, de verdad! ¿Hay, entonces, dos clases de cristianos aquí?» «Lamento decir que hay bastantes más divisiones. Los propios disidentes están divididos. Hay wesleyanos, bautistas, presbiterianos, independientes, etc.; incluso estos están todos divididos.» «¿Es posible», dice Pablo, «que haya tantas divisiones?» «Sí; la Iglesia de Inglaterra está bastante dividida en sí misma. Está la Iglesia Ancha, la Iglesia Alta, la Iglesia Baja, y las Altas-Bajas. Luego está la Iglesia Luterana; y en Rusia tienen la Iglesia Griega, y así sucesivamente.» Declaro que no sé qué pensarían Pablo y Cefas si volvieran al mundo; encontrarían un extraño estado de cosas. Es una de las cosas más humillantes en el día de hoy ver cómo la familia de Dios está dividida. Si amamos al Señor Jesucristo, la carga de nuestros corazones será que Dios nos acerque más, para que podamos amarnos unos a otros y elevarnos por encima de todo sentimiento partidista.

Al reparar una iglesia en uno de los distritos de Boston, la inscripción en la pared detrás del púlpito fue cubierta. El primer sábado después de las reparaciones, una «niñita de cinco años» susurró a su madre: «Sé por qué Dios le dijo al pintor que cubriera ese hermoso versículo. Fue porque la gente no se amaba unos a otros». La inscripción era: «Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros».

Un ministro de Boston dice que una vez predicó sobre «El reconocimiento de los amigos en el futuro», y un oyente le dijo después del servicio que sería más oportuno predicar sobre el reconocimiento de los amigos aquí, ya que había estado en la iglesia veinte años y no conocía a ninguno de sus miembros.

Estuve en un pueblecito hace algún tiempo, cuando una noche, al salir de la reunión, vi otro edificio del que salía gente. Le dije a un amigo: «¿Tienen ustedes

dos iglesias aquí?» «Oh, sí.» «¿Cómo se llevan?» «Oh, nos llevamos muy bien.» «Me alegra oír eso. ¿Estuvo su compañero ministro en la reunión?» «Oh no, no tenemos nada que ver el uno con el otro. Encontramos que esa es la mejor manera.» Y a eso le llamaban «llevarse muy bien». ¡Oh, que Dios nos haga de un mismo corazón y de una misma mente! Que nuestros corazones sean como gotas de agua que fluyen juntas. La unidad entre el pueblo de Dios es una especie de anticipo del cielo. Allí no encontraremos bautistas, metodistas, congregacionalistas o episcopales; todos seremos uno en Cristo. Dejamos todos nuestros nombres de partido atrás cuando dejamos esta tierra.

¡Oh, que el Espíritu de Dios barra rápidamente todos estos miserables muros que hemos estado construyendo! ¿Han notado alguna vez que la última oración que Jesucristo hizo en la tierra, antes de que lo llevaran al Calvario, fue que sus discípulos fueran todos uno? Él podía mirar a lo largo de la corriente del tiempo y ver que las divisiones vendrían — cómo Satanás intentaría dividir el rebaño de Dios. Nada silenciará a los incrédulos tan rápidamente como el que los cristianos de todas partes estén unidos. Entonces nuestro testimonio tendrá peso con los impíos y los descuidados. Pero cuando ven cómo los cristianos están divididos, no creerán en su testimonio.

El Espíritu Santo es contristado; y hay poco poder donde no hay unidad. Si pensara que tengo una gota de sangre sectaria en mis venas, la dejaría salir antes de irme a la cama; si tuviera un cabello sectario en mi cabeza, me lo arrancaría. Lleguemos directamente al corazón de Jesucristo; entonces nuestras oraciones serán aceptables a Dios, y lluvias de bendiciones descenderán.

Unión

*«Que los nombres de partido no se conozcan más
entre la multitud redimida;
porque Jesús los reclama como suyos;
a Él todos pertenecen.*

*Uno en su Cabeza y Rey de pacto,
Debieran ser uno en corazón;
De una misma salvación todos cantarán,
Reclamando cada uno su propia parte.*

*Un pan, una familia, una roca,
Un edificio, formado por amor,
Un redil, un Pastor, sí, un rebaño,
Arriba serán uno.*
— *Joseph Irons*

CAPÍTULO 8. LA FE

Otro elemento es la FE. Tan importante es para nosotros saber cómo orar como saber cómo trabajar. No se nos dice que Jesús haya enseñado alguna vez a Sus discípulos cómo predicar, pero sí les enseñó cómo orar. Quería que tuvieran poder con Dios; entonces sabía que tendrían poder con el hombre.

En Santiago leemos: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios... y le será dada; pero pida con fe, no dudando nada» (Santiago 1:5-6). Así que la fe es la llave de oro que abre los tesoros del cielo. Fue el escudo que David tomó cuando se encontró con Goliath en el campo; creía que Dios iba a entregar al filisteo en sus manos. Alguien ha dicho que la fe podía llevar a Cristo a cualquier parte; dondequiera que la encontraba, la honraba. La incredulidad ve algo en la mano de Dios y dice: «No puedo obtenerlo». La fe lo ve y dice: «Lo tendré».

La nueva vida comienza con la fe; entonces solo tenemos que seguir edificando sobre ese fundamento. «Por eso os digo: Todo lo que pidáis orando, creed que lo recibiréis, y os vendrá» (Marcos 11:24). Pero téngase en cuenta que debemos estar fervientes cuando vamos a Dios.

No conozco una ilustración más vívida del clamor de angustia pidiendo ayuda a Dios, con todo el fervor de una necesidad profundamente sentida, que la que nos ofrece la siguiente historia:

Carl Steinman, quien visitó el Monte Hecla, en Islandia, justo antes de la gran erupción de 1845, después de un reposo de ochenta años, escapó por poco de la muerte al aventurarse a entrar en el cráter humeante, contra la ferviente súplica de su guía. Al borde del abismo que se abría, fue postrado por una convulsión de la cumbre, y quedó allí retenido por bloques de lava sobre sus pies. Él escribe gráficamente:

«¡Oh, los horrores de aquella terrible toma de conciencia! Allí, sobre la boca de un abismo negro y ardiente, quedé suspendido, un prisionero indefenso y consciente, a punto de ser lanzado hacia abajo por la siguiente gran sacudida de la Naturaleza temblorosa!

“¡Ayuda, ayuda, ayuda, por el amor de Dios, ayuda!”, grité, en la misma agonía de mi desesperación.

No tenía nada en qué apoyarme sino la misericordia del cielo; y oré a Dios como nunca antes había orado, pidiendo el perdón de mis pecados, para que no me siguieran hasta el juicio.

»De repente oí un grito y, al mirar alrededor, vi, con sentimientos que no puedo describir, a mi fiel guía apresurándose por los lados del cráter para socorrerme.

»“¡Te lo advertí!”, me dijo.

»“¡Sí lo hiciste!”, grité, “¡pero perdóname y sálvame, porque estoy pereciendo!”

»“¡Te salvaré, o pereceré contigo!”

»La tierra tembló, y las rocas se separaron, rodando una de ellas hacia el abismo con un sonido sordo y retumbante. Me lancé hacia adelante; agarré la mano del guía, y al momento siguiente ambos habíamos caído, abrazados el uno al otro, sobre la tierra firme de arriba. Estaba libre, pero aún al borde del pozo».

El obispo Hall, en un extracto bien conocido, expone así el punto del fervor en su relación con la oración de fe:

«Una flecha, si se tensa poco, no llega lejos; pero si se tensa hasta la cabeza, vuela veloz y penetra hondo. Así la oración, si solo se derrama débilmente de labios descuidados, cae a nuestros pies. Es la fuerza del clamor y del fuerte deseo lo que la envía al cielo y la hace penetrar las nubes. No es la aritmética de nuestras oraciones, cuántas sean; ni la retórica de nuestras oraciones, cuán elocuentes sean; ni la geometría de nuestras oraciones, cuán largas sean; ni la música de nuestras oraciones, cuán dulce pueda ser nuestra voz; ni la lógica de nuestras oraciones, cuán argumentativas puedan ser; ni el método de nuestras oraciones, cuán ordenadas puedan ser; ni siquiera la teología de nuestras oraciones, cuán buena pueda ser la doctrina; lo que Dios mira. Él no busca las rodillas callosas que se dice que Santiago tenía por la asiduidad en la oración.

Podríamos ser como Bartolomé, de quien se dice que tenía cien oraciones para la mañana y otras tantas para la tarde, y todo podría ser en vano. El fervor del espíritu es lo que mucho aprovecha».

El arzobispo Leighton dice: «No es el papel dorado y la buena escritura de una petición lo que prevalece ante un rey, sino el sentido conmovedor de ella. Y para aquel Rey que discierne el corazón, el sentir del corazón es el sentido de todo, y lo único que Él considera. Él escucha para oír lo que esto habla, y tiene todo por nada donde esto calla. Toda otra excelencia en la oración es solo la apariencia y la forma de ella. Esto es la vida de la oración».

Brooks dice: «Como un fuego pintado no es fuego, y un hombre muerto no es hombre, así una oración fría no es oración. En un fuego pintado no hay calor; en un hombre muerto no hay vida; así en una oración fría no hay omnipotencia, ni devoción, ni bendición. Las oraciones frías son como flechas sin cabeza, como espadas sin filo, como aves sin alas; no penetran, no cortan, no vuelan hacia el cielo. Las oraciones frías siempre se congelan antes de llegar al cielo. ¡Oh, que los cristianos se reprendieran a sí mismos para salir de sus oraciones frías, y se reprendieran a sí mismos para entrar en un mejor y más cálido marco de espíritu, cuando elevan sus súplicas al Señor!».

Tomemos el caso de la mujer sirofenicia. Cuando llamó al Maestro, pareció por un tiempo como si Él estuviera sordo a su petición. Los discípulos querían que fuera despedida. Aunque habían estado con Cristo durante tres años y se habían sentado a Sus pies, no sabían cuán lleno de gracia estaba Su corazón. ¡Pensar en Cristo despidiendo a una pobre pecadora que había venido a Él buscando misericordia! ¿Pueden concebir tal cosa? Nunca una vez ocurrió. Esta pobre mujer se puso a sí misma en el lugar de su hija. «¡Señor, ayúdame!», dijo. Creo que cuando llegamos hasta ese punto en el deseo ferviente de ver a nuestros amigos bendecidos — cuando nos ponemos en su lugar — Dios pronto oirá nuestra oración.

Recuerdo que, hace varios años, en una reunión, pedí a todos los que deseaban que se orara por ellos que pasaran al frente y se arrodillaran o tomaran asiento al frente.

Entre los que vinieron había una mujer; por su aspecto pensé que debía ser cristiana, pero se arrodilló con los demás. Le dije: «Usted es cristiana, ¿verdad?». Ella dijo que lo había sido por tantos años. «¿Entendió la invitación? Pedí solo a aquellos que querían hacerse cristianos». Nunca olvidaré la expresión de su rostro cuando respondió: «Tengo un hijo que se ha ido muy lejos; pensé que tomaría su lugar hoy, y vería si Dios no lo bendecía». ¡Gracias a Dios por una madre así!

La mujer sirofenicia hizo lo mismo: «¡Señor, ayúdame!». Fue una oración corta, pero llegó directamente al corazón del Hijo de Dios. Sin embargo, Él probó su fe. Dijo: «No está bien tomar el pan de los hijos y echarlo a los perrillos» (Mateo 15:26). Ella respondió: «Sí, Señor; pero aun los perrillos comen de las migajas que caen de la mesa de sus amos» (Mateo 15:27). «¡Oh mujer, grande es tu fe!» (Mateo 15:28). ¡Qué elogio le hizo! Su historia nunca será olvidada mientras la iglesia esté en la tierra. Él honró su fe y le dio todo lo que pidió.

Todos pueden decir: «¡Señor, ayúdame!». Todos necesitamos ayuda. Como cristianos, ¿necesitamos más gracia, más amor, más pureza de vida, más justicia? Entonces hagamos esta oración hoy. Quiero que Dios me ayude a predicar mejor y a vivir mejor, a ser más semejante al Hijo de Dios. Las cadenas de oro de la fe nos unen directamente al trono de Dios, y la gracia del cielo fluye hacia nuestras almas.

No sé si aquella mujer era una gran pecadora; aun así, el Señor oyó su clamor. Puede ser que hasta este momento hayas estado viviendo en pecado; pero si clamas: «¡Señor, ayúdame!», Él responderá tu oración, si es una oración sincera. Muy a menudo, cuando clamamos a Dios, no queremos decir realmente nada. Ustedes, madres, entienden eso. Sus hijos tienen dos voces. Cuando le piden algo, ustedes pueden distinguir pronto si el clamor es fingido o no. Si lo es, no le prestan atención; ¡pero si es un verdadero clamor de ayuda, con qué rapidez

responden! El clamor de angustia siempre trae alivio. Su niño está jugando alrededor y dice: «Mamá, quiero un poco de pan», pero sigue jugando. Usted sabe que no tiene mucha hambre; así que lo deja. Pero, con el tiempo, el niño deja los juguetes y viene tirando de su vestido: «Mamá, tengo mucha hambre». Entonces usted sabe que el clamor es real; pronto va a la despensa y consigue un poco de pan. Cuando estamos verdaderamente hambrientos del pan del cielo, lo obtendremos. Esta mujer estaba terriblemente ferviente; por lo tanto, su petición fue respondida.

Recuerdo haber oído hablar de un niño criado en un asilo inglés. Nunca había aprendido a leer ni a escribir, salvo que podía leer las letras del alfabeto. Un día, un hombre de Dios llegó allí y les dijo a los niños que si oraban a Dios en sus problemas, Él les enviaría ayuda. Después de un tiempo, este niño fue puesto como aprendiz de un granjero. Un día fue enviado al campo a cuidar unas ovejas. Estaba pasando un momento difícil; así que recordó lo que el predicador había dicho, y pensó en orar a Dios al respecto. Alguien que pasaba por el campo oyó una voz detrás del seto.

Miraron para ver de quién era, y vieron al pequeño de rodillas, diciendo: «A, B, C, D», y así sucesivamente. El hombre dijo: «Muchacho, ¿qué estás haciendo?». El niño levantó la vista y dijo que estaba orando. «¿Por qué? Eso no es orar; es solo decir el alfabeto». Él dijo que no sabía exactamente cómo orar, pero que un hombre había llegado una vez al asilo y les dijo que si clamaban a Dios, Él los ayudaría. Así que pensó que si nombraba las letras del alfabeto, Dios las tomaría y las convertiría en una oración, y le daría lo que quería. El pequeño realmente estaba orando.

A veces, cuando tu hijo habla, tus amigos no pueden entender lo que dice; pero la madre entiende muy bien. Así que si nuestra oración sale del corazón, Dios entiende nuestro lenguaje. Es una ilusión del diablo pensar que no podemos orar; podemos hacerlo, si realmente deseamos algo. No es el lenguaje más hermoso ni el más elocuente el que trae la respuesta; es el clamor que sube de un corazón cargado. Cuando esta pobre mujer gentil clamó:

«¡Señor, ayúdame!», el clamor recorrió los alambres divinos y la bendición llegó. Así que usted puede orar si así lo desea; es el deseo, la aspiración del corazón, lo que Dios se complace en oír y en responder.

Luego debemos esperar recibir una bendición. Cuando el centurión quiso que Cristo sanara a su siervo, pensó que no era digno de ir y pedirle al Señor él mismo, así que envió a sus amigos para hacer la petición. Envío mensajeros para encontrarse con el Maestro y decirle: «No te molestes en venir; todo lo que tienes que hacer es decir la palabra, y la enfermedad se irá». Jesús dijo a los judíos: «Ni aun en Israel he hallado tanta fe». Se maravilló de la fe de este centurión; le agradó, de modo que sanó al siervo allí mismo. La fe trajo la respuesta.

En Juan leemos acerca de un noble cuyo hijo estaba enfermo. El padre cayó de rodillas ante el Maestro y dijo: «Señor, desciende antes que mi hijo muera». Aquí tenemos tanto sinceridad como fe; y el Señor respondió la oración de inmediato. El hijo del noble comenzó a mejorar esa misma hora. Cristo honró la fe del hombre.

En su caso, no había nada en qué apoyarse sino la simple palabra de Cristo, pero esto fue suficiente. Es bueno tener siempre presente que el objeto de la fe no es la criatura, sino el Creador; no el instrumento, sino la Mano que lo maneja.

Richard Sibbes lo expresa así: «El objeto de la fe es Dios, y Cristo como Mediador. Debemos tener ambos para fundamentar nuestra fe. No podemos creer en Dios, si no creemos en Cristo. Porque Dios debe ser satisfecho por Dios; y por Aquel que es Dios debe aplicarse esa satisfacción — el Espíritu de Dios — obrando la fe en el corazón, y levantándola cuando está abatida. Todo es sobrenatural en la fe. Las cosas que creemos están por encima de la naturaleza; las promesas están por encima de la naturaleza; el que la obra, el Espíritu Santo, está por encima de la naturaleza; y todo en la fe está por encima de la naturaleza. Debe haber un Dios en quien creemos, y un Dios por medio del cual podamos saber que Cristo es Dios — no solo por lo que Cristo ha hecho, los milagros, que nadie podía hacer sino Dios, sino también por lo que se le hace a Él. Y dos cosas se le hacen a Él, que muestran que Él es Dios — es decir, fe y oración. Debemos

creer solo en Dios, y orar solo a Dios; pero Cristo es el objeto de ambas. Aquí se le presenta como el objeto de la fe, y de la oración en aquello de San Esteban: “Señor Jesús, recibe mi espíritu”. Y, por tanto, Él es Dios; porque se le hace aquello que es propio y peculiar solo de Dios. ¡Oh, qué fundamento tan fuerte, qué base y cimiento tiene nuestra fe! Están Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, y Cristo el Mediador. Para que nuestra fe sea sostenida, tenemos a Aquel en quien creer, que sostiene los cielos y la tierra.

“No hay nada que pueda interponerse en el camino del cumplimiento de cualquiera de las promesas de Dios que no sea conquistable por la fe”.

Como dice Samuel Rutherford, comentando el caso de la mujer sirofenicia: “Véase el dulce uso de la fe bajo una triste tentación; la fe comercia con Cristo y con el cielo en la oscuridad, sobre la base de la confianza y el crédito, sin ver ninguna garantía del amanecer: Bienaventurados los que no han visto, y sin embargo han creído. Y la razón es porque la fe está fortalecida y robustecida con valor espiritual; de modo que puede mantener una ciudad fortificada contra el infierno, sí, y mantenerse firme bajo las imposibilidades; y aquí hay una mujer débil, aunque no como mujer, sino como creyente, resistiendo a Aquel que es “el Dios Fuerte, el Padre de los Siglos, el Príncipe de Paz”. Solo la fe se mantiene firme y vence a la espada, al mundo y a todas las aflicciones. Esta es nuestra victoria, por la cual un hombre vence al gran y vasto mundo».

El obispo Ryle ha dicho de la intercesión de Cristo como fundamento y garantía de nuestra fe: «El billete de banco sin una firma al pie no es más que un pedazo de papel sin valor. El trazo de una pluma le confiere todo su valor. La oración de un pobre hijo de Adán es algo débil en sí mismo, pero una vez respaldada por la mano del Señor Jesús, vale mucho. Había un oficial en la ciudad de Roma que había sido designado para tener sus puertas siempre abiertas, a fin de recibir a cualquier ciudadano romano que acudiera a él en busca de ayuda. Así también el oído del Señor Jesús está siempre abierto al clamor de todos los que necesitan misericordia y gracia. Es su oficio ayudarlos. Su oración es su deleite. Lector, piensa en esto. ¿No es este un estímulo?

Cerremos este capítulo refiriéndonos a algunas de las propias palabras de nuestro Señor concernientes a la fe en su relación con la oración:

«Y viendo una higuera en el camino, vino a ella, y no halló nada en ella sino hojas solamente; y le dijo: Nunca jamás nazca de ti fruto. Y al instante se secó la higuera. Y viéndolo los discípulos, se maravillaron, diciendo: ¡Cómo se secó en seguida la higuera! Respondiendo Jesús, les dijo: De cierto os digo que si tenéis fe, y no dudáis, no solo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte dijereis: Quítate y échate en el mar, será hecho. Y todo lo que pidieréis en oración, creyendo, lo recibiréis».

Así también nuestro Señor dice: «De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él también las hará; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre. Y todo lo que pidieréis al Padre en mi nombre, lo haré, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidieréis en mi nombre, yo lo haré». Y además: «Si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pedid todo lo que queréis, y os será hecho». «De cierto, de cierto os digo, que todo cuanto pidieréis al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora nada habéis pedido en mi nombre; pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo».

Tened Fe En Dios

*«Tened fe en Dios, porque Aquel que reina en lo alto
Ha llevado tu dolor, y escucha el suspiro del suplicante;
Aún a sus brazos, tu único refugio, huye,
¡Ten fe en Dios!*

*»No temas invocarle, ¡oh alma angustiada!
El susurro de tu pena te atrae a su pecho;
El que allí está más a menudo, es el más bendecido.
¡Ten fe en Dios!*

*»No te apoyes en las cañas de Egipto;
no apagues tu sed En cisternas terrenales.
Busca primero el reino. Aunque el hombre y Satanás te asusten con lo peor,
¡Ten fe en Dios!*

*»¡Ve, cuéntale todo! El suspiro que tu pecho exhala
Es oído en el cielo. Fuerza y paz da Aquel
que se entregó por ti. Nuestro Jesús vive;*

¡Ten fe en Dios!»
- *Anna Shipton.*

CAPÍTULO 9. LA PETICIÓN

El siguiente elemento en la oración que observo es LA PETICIÓN. ¡Cuán a menudo vamos a las reuniones de oración sin realmente pedir nada! Nuestras oraciones dan la vuelta al mundo sin que se pida nada concreto. No esperamos nada. Mucha gente se sorprendería enormemente si Dios realmente respondiera sus oraciones. Recuerdo haber oído hablar de un hombre muy elocuente que dirigía una reunión en oración. No había una sola petición concreta en toda ella. Una pobre mujer sincera gritó: «¡Pídele algo, hombre!». ¡Cuán a menudo se oye lo que se llama oración sin ninguna petición! «Pedid, y recibiréis».

Creo que si quitamos todos los obstáculos del camino, Dios responderá nuestras peticiones. Si dejamos el pecado y entramos en su presencia con manos limpias, como nos ha mandado que vengamos, nuestras oraciones tendrán poder ante Él. En el Evangelio de Lucas tenemos como gran complemento a la Oración de los Discípulos: «Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá». Algunas personas piensan que a Dios no le gusta que le molestemos con nuestra constante venida y petición. La única manera de molestar a Dios es no venir en absoluto. Él nos anima a venir a Él repetidamente y a insistir en nuestras peticiones.

Creo que encontrarán tres clases de cristianos en la iglesia hoy. Los primeros son los que piden; los segundos, los que buscan; y los terceros, los que llaman.

«Maestro», dijo un muchacho brillante, de rostro serio y sincero, «¿por qué hay tantas oraciones sin respuesta? No lo entiendo. La Biblia dice: “Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá”; pero me parece que muchos llaman y no se les admite». «¿Nunca te sentaste junto a tu alegre fuego de la sala», dijo el maestro, «en alguna noche oscura, y oíste un fuerte golpear en la puerta? Al ir a atender el llamado, ¿no has mirado a veces hacia la oscuridad, sin ver nada, pero oyendo los pasos apresurados de algún muchacho travieso, que llamó pero no deseaba entrar, y por lo tanto huyó? Así sucede a menudo con nosotros. Pedimos bendiciones, pero en realidad no las esperamos; llamamos,

pero no tenemos la intención de entrar; tememos que Jesús no nos oiga, que no cumpla sus promesas, que no nos admita; y entonces nos vamos».

«Ah, ya veo», dijo el muchacho de rostro serio, con los ojos brillando por la nueva luz que amanecía en su alma: «No se puede esperar que Jesús responda a golpes de quien huye. Él nunca lo ha prometido. Pienso seguir llamando, llamando, hasta que no pueda evitar abrir la puerta».

Con demasiada frecuencia llamamos a la puerta de la misericordia y luego huimos, en lugar de esperar una entrada y una respuesta. Así actuamos como si tuviéramos miedo de que nuestras oraciones fueran respondidas.

Mucha gente ora de esa manera; no esperan la respuesta. Nuestro Señor nos enseña aquí que no solo debemos pedir, sino que debemos esperar la respuesta; si no viene, debemos buscar para encontrar la razón. Creo que obtenemos muchas bendiciones simplemente pidiendo; otras no las obtenemos, porque puede haber algo en nuestra vida que necesita ser sacado a la luz.

Cuando Daniel comenzó a orar en Babilonia por la liberación de su pueblo, buscó encontrar cuál era el problema, y por qué Dios había apartado su rostro de ellos. Así que puede haber algo en nuestra vida que esté reteniendo la bendición; si lo hay, queremos descubrirlo. Alguien, hablando sobre este tema, ha dicho: «Hemos de pedir con la humildad de un mendigo, buscar con la diligencia de un siervo, y llamar con la confianza de un amigo».

¡Cuán a menudo la gente se desanima y dice que no sabe si Dios responde o no la oración! En la parábola de la viuda importuna, Cristo nos enseña cómo no solo debemos orar y buscar, sino encontrar. Si el juez injusto escuchó la petición de la pobre mujer que insistía en sus derechos, ¡cuánto más escuchará nuestro Padre Celestial nuestro clamor! Hace muchos años, un irlandés en el estado de Nueva Jersey fue condenado a ser ahorcado. Se ejercieron todas las influencias posibles sobre el Gobernador para que el hombre fuera indultado; pero él se mantuvo firme y se negó a modificar la sentencia.

Una mañana, la esposa del condenado, con sus diez hijos, fue a ver al Gobernador. Cuando él llegó a su oficina, todos cayeron sobre sus rostros ante él y le suplicaron que tuviera misericordia del esposo — del padre.

El corazón del Gobernador se conmovió; e inmediatamente escribió un indulto. La insistencia de la esposa y de los hijos salvó la vida del hombre, tal como la mujer en la parábola, que al insistir en sus derechos, indujo al juez injusto a conceder su petición.

Fue esto lo que trajo la respuesta a la oración del ciego Bartimeo. La gente, e incluso los discípulos, intentaron acallarlo; pero él solo gritó aún más fuerte: «¡Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí!»

La oración apenas se menciona en la Biblia sola; es oración y fervor; oración y vigilancia; oración y acción de gracias. Es un hecho instructivo que a lo largo de las Escrituras la oración está siempre vinculada con algo más. Bartimeo estaba ferviente, y el Señor oyó su clamor.

Entonces, el tipo más elevado de cristiano es aquel que ha ido más allá del pedir y el buscar, y sigue llamando hasta que la respuesta llega. Si llamamos, Dios ha prometido abrir la puerta y conceder nuestra petición. Puede que pasen años antes de que la respuesta llegue; Él puede mantenernos llamando; pero ha prometido que la respuesta vendrá.

Les diré lo que creo que significa llamar. Hace varios años, cuando estábamos teniendo reuniones en cierta ciudad, llegó un punto en el que parecía haber muy poco poder. Convocamos a todas las madres y les pedimos que se reunieran y oraran por sus hijos. Alrededor de mil quinientas madres se reunieron y derramaron sus corazones a Dios en oración. Una madre dijo: «Desearía que oraran por mis dos hijos. Se han ido de juerga borracha; y parece como si mi corazón se fuera a romper». Era una madre viuda. Algunas madres se reunieron y dijeron: «Tengamos una reunión de oración por estos muchachos». Clamaron a Dios por estos dos hijos pródigos; y ahora vean cómo Dios respondió su oración.

Ese día, estos dos hermanos habían planeado reunirse en la esquina de la calle donde se estaban celebrando nuestras reuniones. Iban a pasar la noche en el

libertinaje y el pecado. Alrededor de las siete, el primero llegó al lugar acordado; vio a la gente entrar a la reunión. Como era una noche tormentosa, pensó que entraría por un rato. La palabra de Dios le alcanzó, y entró a la sala de consulta, donde entregó su corazón al Salvador.

El otro hermano esperó en la esquina hasta que la reunión terminó, esperando que su hermano viniera; no sabía que había estado en la reunión. Había una reunión de jóvenes en la iglesia cercana, y este hermano pensó que le gustaría ver lo que estaba sucediendo; así que siguió a la multitud hasta la reunión. También fue impresionado por lo que escuchó, y fue el primero en entrar a la sala de consulta, donde encontró paz. Mientras esto sucedía, el primero había ido a casa para alegrar el corazón de su madre con las buenas nuevas. La encontró de rodillas. Había estado llamando a la puerta del trono de la gracia. Mientras lo hacía, su hijo entró y le dijo que sus oraciones habían sido respondidas; su alma estaba salva. No pasó mucho tiempo antes de que el otro hermano entrara y contara su historia: cómo él también había sido bendecido.

El lunes siguiente por la noche, el primero en levantarse en la reunión de nuevos conversos fue uno de estos hermanos, quien contó la historia de su conversión. Apenas había tomado asiento, cuando el otro saltó y dijo: «Todo lo que mi hermano les ha contado es verdad, porque yo soy su hermano. El Señor verdaderamente nos ha alcanzado y nos ha bendecido».

Supe de una esposa en Inglaterra que tenía un esposo inconverso. Ella resolvió que oraría cada día durante doce meses por su conversión. Cada día a las doce en punto iba a su habitación a solas y clamaba a Dios. Su esposo no le permitía hablarle sobre el tema; pero ella podía hablar con Dios en su nombre. Puede ser que usted tenga un amigo que no desea que se le hable acerca de su salvación; usted puede hacer como hizo esta mujer: ir y orar a Dios al respecto. Los doce meses pasaron, y no había señal de que él cediera. Ella resolvió orar seis meses más; así que cada día iba sola y oraba por la conversión de su esposo. Los seis meses pasaron, y aún no había señal, ni respuesta. Surgió la pregunta en su mente: ¿podría renunciar a él? «No», dijo ella; «oraré por él mientras Dios me dé aliento». Ese mismo día, cuando él llegó a casa para la cena, en lugar de ir al

comedor, subió las escaleras. Ella esperó, y esperó, y esperó; pero él no bajó a cenar. Finalmente, ella fue a su habitación y lo encontró de rodillas clamando a Dios para que tuviera misericordia de él. Dios lo convenció de pecado; no solo se hizo cristiano, sino que la Palabra de Dios tuvo libre curso y fue glorificada en él. Dios lo usó poderosamente. Esa fue la respuesta de Dios a las oraciones de esta esposa cristiana; ella llamó, y llamó, hasta que la respuesta llegó.

Escuché algo el otro día que me animó grandemente. Se había estado orando por un hombre durante unos cuarenta años, pero no había señal de respuesta alguna. Parecía como si fuera a morir siendo uno de los hombres más justos ante sus propios ojos sobre la faz de la tierra. La convicción llegó en una noche. Por la mañana, envió a buscar a los miembros de su familia y dijo a su hija:

«Quiero que ores por mí. Ora para que Dios perdone mis pecados; toda mi vida no ha sido más que pecado, pecado». Y toda esta convicción llegó en una noche. Lo que necesitamos es llevar nuestro caso directamente al trono de Dios. He conocido a menudo casos de hombres que venían a nuestras reuniones, y aunque no podían oír una palabra de lo que se decía, parecía como si algún poder invisible se apoderara de ellos, de modo que eran convencidos y convertidos allí mismo.

Recuerdo que en un lugar donde estábamos teniendo reuniones, una esposa vino a la primera reunión y me pidió que hablara con su esposo. «No está interesado», dijo ella, «pero tengo la esperanza de que llegue a estarlo». Hablé con él, y creo que apenas he hablado con un hombre que pareciera tan justo ante sus propios ojos. Parecía como si hubiera podido hablarle igual a un poste de hierro; parecía tan encerrado en su propia justicia. Dije a su esposa que no estaba interesado en absoluto. Ella dijo: «Le dije eso, pero yo estoy interesada por él». Durante todos los treinta días que estuvimos allí, esa esposa nunca lo abandonó. Debo confesar que ella tenía diez veces más fe por él que yo. Le había hablado varias veces, pero no podía ver ningún rayo de esperanza. La penúltima noche, el hombre vino a mí y dijo: «¿Quiere verme en otra habitación?» Me aparté con él y le pregunté cuál era el problema. Él dijo: «Soy el mayor pecador del Estado de Vermont». «¿Cómo es eso?», dije. «¿Hay algún pecado particular del que haya

sido culpable?» Debo confesar que pensé que había cometido algún crimen terrible que estaba encubriendo, y que ahora quería hacer confesión. «Toda mi vida», dijo, «no ha sido más que pecado. Dios me lo ha mostrado hoy». Le pidió al Señor que tuviera misericordia de él, y se fue a casa regocijándose en la seguridad del perdón de sus pecados. Hubo un hombre convencido y convertido en respuesta a la oración. Así que, si usted está ansioso por la conversión de algún pariente o de algún amigo, decídase a no darle descanso a Dios, ni de día ni de noche, hasta que Él conceda su petición. Él puede alcanzarlos, dondequiera que estén: en sus lugares de trabajo, en sus hogares o en cualquier lugar, y traerlos a sus pies.

El Dr. Austin Phelps, en su *«Hora de Quietud»*, dice: «La perspectiva de alcanzar un objetivo siempre afectará así la expresión del deseo intenso. El sentimiento que se volverá espontáneo en un cristiano bajo la influencia de tal confianza es este: "Vengo a mis devociones esta mañana en una misión de la vida real. Esto no es un romance ni una farsa. No vengo aquí para repetir una fórmula de palabras; no tengo deseos sin esperanza que expresar. Tengo un objetivo que alcanzar; tengo un fin que cumplir. Este es un asunto en el que estoy a punto de comprometerme. Un astrónomo no dirige su telescopio a los cielos con una esperanza más razonable de penetrar esos cielos distantes, de la que yo tengo de alcanzar la mente de Dios al elevar mi corazón ante el trono de la gracia. Este es el privilegio de mi llamamiento de Dios en Cristo Jesús. Incluso mi voz vacilante ha de ser oída ahora en el cielo; y va a poner en marcha un nuevo poder allí, cuyos resultados solo Dios puede conocer, y solo la eternidad puede desarrollar. Por tanto, oh Señor, tu siervo halla en su corazón elevar esta oración a ti"».

Jeremy Taylor dice: «La facilidad del deseo es un gran enemigo del éxito de la oración de un buen hombre. Debe ser una oración intensa, celosa, ocupada y operativa; porque considera qué enorme indecencia es que un hombre hable a Dios por una cosa que no valora! Nuestras oraciones reprenden a nuestros espíritus cuando pedimos débilmente por aquellas cosas por las cuales deberíamos estar dispuestos a morir, que son más preciosas que los cetros

imperiales, más ricas que los despojos del mar o los tesoros de las colinas de la India».

El Dr. Patton, en su obra sobre *«Respuestas Notables a la Oración»*, dice: «Jesús nos manda buscar. Imagina a una madre buscando a un hijo perdido. Ella mira por toda la casa, y a lo largo de las calles, luego busca en los campos y bosques, y examina las orillas del río. Un vecino sabio la encuentra y le dice: "Sigue buscando, mira por todas partes; busca en cada lugar accesible. No encontrarás, ciertamente; pero buscar es algo bueno. Pone la mente en tensión; fija la atención; ayuda a la observación; hace que la idea del niño sea muy real. Y luego, después de un tiempo, dejarás de querer a tu hijo". Las palabras de Cristo son: "llamad, y se os abrirá". Imagina a un hombre llamando a la puerta de una casa, mucho tiempo y fuerte. Después de haber hecho esto durante una hora, se abre una ventana, y el ocupante de la casa asoma la cabeza y dice: "Muy bien, amigo mío; no abriré la puerta, pero sigue llamando: es un excelente ejercicio, y serás más saludable por ello. Sigue llamando hasta la puesta del sol; y luego vuelve, y llama todo el día de mañana. Después de algunos días pasados así, alcanzarás un estado mental en el que ya no te importará entrar". ¿Es esto lo que Jesús quiso que entendiéramos cuando dijo: "Pedid, y recibiréis; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá"? Sin duda, uno pronto dejaría de pedir, de buscar y de llamar; pero ¿no sería por disgusto?»

Nada es más agradable a nuestro Padre celestial que la oración directa, importuna y perseverante. Dos damas cristianas, cuyos esposos estaban inconversos, sintiendo su gran peligro, acordaron pasar una hora cada día en oración unida por su salvación. Esto continuó durante siete años, cuando deliberaron si deberían seguir orando, tan inútiles parecían sus oraciones. Decidieron perseverar hasta la muerte y, si sus esposos iban a la perdición, debería ser cargada de oraciones. Con renovadas fuerzas, oraron tres años más, cuando una de ellas fue despertada en la noche por su esposo, quien estaba en gran angustia por el pecado. Tan pronto como amaneció, se apresuró, con alegría, a contarle a su compañera de oración que Dios estaba a punto de responder sus oraciones. ¡Cuál fue su sorpresa al encontrar a su amiga viniendo hacia ella con el

mismo mensaje! Así, diez años de oración unida y perseverante fueron coronados con la conversión de ambos esposos en el mismo día.

No podemos ser demasiado frecuentes en nuestras peticiones; Dios no se cansará de las oraciones de sus hijos. Sir Walter Raleigh pidió un favor a la Reina Isabel, a lo que ella respondió: «Raleigh, ¿cuándo dejarás de mendigar?» «Cuando Su Majestad deje de dar», respondió él. Así de continuada debe ser nuestra oración.

El Sr. George Müller, en un discurso reciente dado por él en Calcuta, dijo que en 1844 cinco personas fueron puestas en su corazón, y comenzó a orar por ellas. Pasaron dieciocho meses antes de que una de ellas se convirtiera. Siguió orando por cinco años más, y otra se convirtió. Al cabo de doce años y medio, una tercera se convirtió. Y ahora, durante cuarenta años, había estado orando por las otras dos, sin faltar ni un solo día por ningún motivo; pero aún no se habían convertido. Se sentía animado, sin embargo, a continuar en oración; y estaba seguro de recibir una respuesta con respecto a los dos que aún resistían al Espíritu.

«Para Ver Su Rostro»

«Dulce es el precioso don de la oración,
Inclinarse ante un trono de gracia;
Dejar allí cada carga nuestra,
Y obtener nuevas fuerzas para correr nuestra carrera;
Ceñir nuestra armadura celestial,
Dependiendo solo del Señor.

«Y dulce es el susurro de su amor,
Cuando la conciencia se hunde bajo su peso,
Que ordena a nuestros temores culpables apartarse,
Y señala la sangre expiatoria de Cristo;
Oh, entonces es dulce en verdad saber
Que Dios puede ser justo y misericordioso también.»

CAPÍTULO 10. SUMISIÓN

Otro elemento esencial en la oración es la **SUMISIÓN**. Toda oración verdadera debe ofrecerse en plena sumisión a Dios. Después de haber dado a conocer nuestras peticiones ante Él, nuestro lenguaje debe ser: «Hágase tu voluntad». Preferiría mil veces que la voluntad de Dios se hiciera antes que la mía propia. No puedo ver el futuro como Dios puede verlo; por tanto, es mucho mejor dejar que Él elija por mí que elegir yo por mí mismo. Conozco su pensamiento acerca de las cosas espirituales.

Su voluntad es que yo sea santificado; así que puedo con confianza orar a Dios por ello y esperar una respuesta a mis oraciones. Pero cuando se trata de asuntos temporales, es diferente; lo que pido puede no ser el propósito de Dios concerniente a mí.

Como alguien ha dicho acertadamente: «Descansa en esto: la oración no significa que yo haya de traer a Dios hacia mis pensamientos y mis propósitos, y doblegar su gobierno según mis necias, insensatas y a veces pecaminosas nociones.

La oración significa que yo he de ser elevado hacia sus sentimientos, hacia la unión y el diseño con Él; que he de entrar en su consejo y llevar a cabo plenamente su propósito. Me temo que a veces pensamos de la oración como si fuera de un carácter completamente opuesto, como si con ella persuadiéramos o influyéramos a nuestro Padre celestial para que haga todo lo que viene a nuestras mentes, y todo lo que cumpliría nuestros necios propósitos de corta visión. Estoy bastante convencido de esto: que Dios sabe mejor lo que es más conveniente para mí y para el mundo de lo que yo posiblemente pueda saber; e incluso si estuviera en mi poder decir: "Hágase mi voluntad", preferiría decirle a Él: "Hágase tu voluntad"». Se cuenta de una mujer que, estando enferma, fue preguntada si estaba dispuesta a vivir o a morir, y respondió: «Lo que Dios plazca». «Pero», le dijo uno, «si Dios se lo refiriera a usted, ¿qué elegiría?» «En verdad», respondió ella, «yo se lo referiría a Él otra vez». Así, aquel hombre obtiene de Dios su voluntad, cuya voluntad está sujeta a Dios.

El Sr. Spurgeon comenta sobre este tema: «El hombre creyente recurre a Dios en todo tiempo, para mantener su comunión con la mente divina.

La oración no es un soliloquio, sino un diálogo; no una introspección, sino una mirada hacia los montes, de donde viene nuestro socorro. Hay alivio en desahogar la mente ante un amigo comprensivo, y la fe siente esto abundantemente; pero hay más que esto en la oración. Cuando una actividad obediente ha llegado al límite de su línea, y sin embargo no se ha alcanzado lo necesario, entonces se confía en la mano de Dios para que vaya más allá de nosotros, así como antes se confiaba en ella para que fuera con nosotros. La fe no tiene deseo de tener su propia voluntad, cuando esa voluntad no está de acuerdo con la mente de Dios; porque tal deseo sería en el fondo el impulso de una incredulidad que no se apoyaba en el juicio de Dios como nuestra mejor guía. La fe sabe que la voluntad de Dios es el bien supremo, y que cualquier cosa que nos sea beneficiosa será concedida a nuestras peticiones».

La historia nos informa que los tusculanos, un pueblo de Italia, habiendo ofendido a los romanos, cuyo poder era infinitamente superior al suyo, Camilo, al frente de un ejército considerable, marchaba para someterlos. Conscientes de su incapacidad para enfrentar a tal enemigo, tomaron el siguiente método para aplacarlo: Renunciaron a todo pensamiento de resistencia, abrieron sus puertas, y cada hombre se dedicó a sus propios asuntos, resolviendo someterse donde sabían que era en vano contender. Camilo, al entrar en su ciudad, quedó impresionado por la sabiduría y la sinceridad de su conducta, y se dirigió a ellos con estas palabras: «Solo vosotros, de entre todos los pueblos, habéis encontrado el verdadero método de aplacar el furor romano; y vuestra sumisión ha resultado ser vuestra mejor defensa. En estos términos, no podemos encontrar en nuestro corazón el deseo de haceros daño, como tampoco vosotros habríais encontrado poder para oponérsenos en otros términos». El magistrado principal respondió: «Nos hemos arrepentido tan sinceramente de nuestra anterior necesidad, que confiando en esa satisfacción para un enemigo generoso, no tememos reconocer nuestra falta».

En vista de la dificultad de llevar nuestros corazones a esta completa sumisión a la voluntad divina, bien podemos adoptar la oración de Fenelón: «Oh Dios, toma mi corazón porque no puedo entregártelo; y cuando lo tengas, guárdalo porque no puedo guardarlo para Ti; y sálvame a pesar de mí mismo».

Algunos de los mejores hombres que el mundo ha visto han cometido grandes errores en este punto. Moisés pudo orar por Israel y prevalecer ante Dios; pero Dios no respondió su petición por sí mismo. Pidió que Dios lo llevara al otro lado del Jordán, para que pudiera ver el Líbano; y después de los cuarenta años de peregrinación en el desierto, deseaba entrar en la Tierra Prometida; pero el Señor no concedió su deseo. ¿Fue eso una señal de que Dios no lo amaba? De ninguna manera. Era un hombre grandemente amado de Dios, como Daniel; y sin embargo, Dios no respondió esta oración suya. Su hijo dice: «Quiero esto o aquello», pero usted no concede la petición, porque sabe que será la ruina del hijo darle todo lo que quiere. Moisés deseaba entrar en la Tierra Prometida; pero el Señor tenía algo más reservado para él. Como alguien ha dicho: «Dios besó su alma y lo llevó a casa consigo. "Dios lo sepultó" — el mayor honor jamás concedido a un hombre mortal.

Mil quinientos años después, Dios respondió la oración de Moisés; le permitió entrar en la Tierra Prometida y vislumbrar la gloria venidera. En el Monte de la Transfiguración, con Elías, el gran profeta, y con Pedro, Jacobo y Juan, oyó la voz que venía del trono de Dios: «Este es Mi Hijo amado; a Él oíd». Eso fue mejor que haber cruzado el Jordán, como hizo Josué, y haber residido treinta años en la tierra de Canaán. Así que cuando nuestras oraciones por cosas terrenales no son respondidas, sometámonos a la voluntad de Dios y sepamos que todo está bien.

Cuando alguien preguntó a un niño sordomudo por qué pensaba que había nacido sordo y mudo, tomando la tiza escribió en la pizarra: «Sí, Padre, porque así te agradó».

Jhon Brown, de Haddington, dijo una vez: «Sin duda he encontrado pruebas como los demás; pero tan bondadoso ha sido Dios conmigo, que pienso que si Él me diera tantos años como los que he vivido en el mundo, no desearía que

cambiara una sola circunstancia en mi suerte, excepto que desearía que hubiera habido menos pecado. Podría escribirse en mi ataúd: "Aquí yace uno de los cuidados de la Providencia, que perdió temprano a padre y madre, y sin embargo nunca careció del cuidado de ninguno de los dos"».

Elías fue poderoso en oración; hizo descender fuego del cielo sobre su sacrificio, y sus peticiones trajeron lluvia sobre la tierra sedienta. Se presentó sin temor ante el rey Acab en el poder de la oración. Sin embargo, lo encontramos sentado debajo de un enebro como un cobarde, pidiendo a Dios que le permitiera morir. El Señor lo amaba demasiado para eso; iba a llevarlo al cielo en un carro de fuego. Así que no debemos permitir que el diablo se aproveche de nosotros y nos haga creer que Dios no nos ama porque no concede todas nuestras peticiones en el tiempo y la manera en que quisiéramos que las concediera.

Así como Moisés ocupa más espacio en el Antiguo Testamento que cualquier otro personaje, así sucede con Pablo en el Nuevo Testamento, excepto, quizás, el propio Señor. Sin embargo, Pablo no sabía cómo orar por sí mismo. Rogó al Señor que quitara «el aguijón en la carne». Su petición no fue concedida; pero el Señor le otorgó una bendición mayor. Le dio más gracia. Puede ser que tengamos alguna prueba — algún aguijón en la carne. Si no es la voluntad de Dios quitarlo, pidámosle que nos dé más gracia para poder soportarlo.

Encontramos que Pablo se gloriaba en sus adversidades y en sus flaquezas, porque tanto más reposaba sobre él el poder de Dios. Puede ser que haya algunos de nosotros que sintamos como si todo estuviera en contra nuestra. Que Dios nos dé gracia para adoptar la posición de Pablo y decir: «Todas las cosas cooperan para bien a los que aman a Dios». Así que cuando oremos a Dios, debemos ser sumisos y decir: «Hágase tu voluntad».

En el Evangelio de Juan leemos: «Si permanecéis» (ese «si» es una montaña para comenzar), «Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que queráis, y os será hecho». La última parte se cita con frecuencia, pero no la primera. ¡Ay, hay muy poco de permanecer en Cristo en estos días! Usted va a visitarlo de vez en cuando; pero eso es todo. Si Cristo está en mi

corazón, por supuesto no pediré nada que sea contrario a Su voluntad. ¿Y cuántos de nosotros tenemos la Palabra de Dios permaneciendo en nosotros?

Debemos tener una base segura para nuestras oraciones. Si tenemos algún gran deseo, debemos escudriñar las Escrituras para encontrar si es correcto pedirlo. Hay muchas cosas que queremos que no son buenas para nosotros; y muchas otras cosas que deseamos evitar son en realidad nuestras mejores bendiciones. Un amigo mío se estaba afeitando una mañana, y su hijito, de menos de cuatro años, le pidió su navaja y dijo que quería tallar con ella. Cuando vio que no podía obtenerla, comenzó a llorar como si le fuera a partir el corazón. Me temo que hay muchos de nosotros que estamos orando por navajas. Juan Bunyan bendijo a Dios por esa cárcel de Bedford más que por cualquier otra cosa que le sucedió en esta vida. Nunca oramos por aflicción; y sin embargo, a menudo es la mejor cosa que podríamos pedir.

Dyer dice: «Las aflicciones son bendiciones para nosotros cuando podemos bendecir a Dios por las aflicciones. El sufrimiento ha impedido que muchos pequen. Dios tuvo un Hijo sin pecado; pero nunca tuvo alguno sin dolor. Las pruebas de fuego hacen cristianos de oro; las aflicciones santificadas son promociones espirituales».

Rutherford escribe bellamente, con referencia al valor de la prueba santificada y la sabiduría de someterse en ella a la voluntad de Dios: «¡Oh, cuánto le debo a la lima, al martillo, al horno de mi Señor Jesús, que ahora me ha permitido ver cuán bueno es el trigo de Cristo que pasa por Su molino y Su horno, para ser hecho pan para Su propia mesa!

La gracia probada es mejor que la gracia; y es más que gracia; es gloria en su infancia. Ahora veo que la piedad es más que la apariencia externa, y que los adornos de este mundo y sus vanidades.

¿Quién conoce la verdad de la gracia sin una prueba? ¡Oh, cuán poco obtiene Cristo de nosotros, sino aquello que Él gana (por así decirlo) con mucho trabajo y dolor! ¡Y cuán pronto se congelaría la fe sin una cruz! ¡Cuántas cruces mudas han sido puestas sobre mi espalda, que nunca tuvieron lengua para hablar la dulzura

de Cristo, como esta la tiene! Cuando Cristo bendice Sus propias cruces con una lengua, ellas respiran el amor, la sabiduría, la bondad y el cuidado de Cristo por nosotros. ¿Por qué debería yo resistir al arado de mi Señor, que hace surcos profundos en mi alma? Sé que Él no es un labrador ocioso; Él se propone una cosecha. ¡Oh, que este blanco y marchito barbecho fuera hecho fértil para dar una cosecha para Él, por quien es tan penosamente labrado, y que esta tierra baldía fuera rota! ¿Por qué me entristecí yo (inecio de mí!) porque Él puso Su guirnalda y Su rosa sobre mi cabeza — la gloria y el honor de Sus testigos fieles? Deseo ahora no hacer más súplicas con Cristo. En verdad Él no me ha puesto en pérdida por lo que sufro; Él no me debe nada; porque en mis cadenas, ¡cuán dulces y confortables han sido para mí los pensamientos de Él, en los cuales encuentro una suficiente recompensa! ¡Cuán ciegos son mis adversarios que me enviaron a una casa de banquete, a una casa de vino, a las amables fiestas de mi amable Señor Jesús, y no a una prisión, ni a un lugar de destierro!».

Podemos cerrar nuestros comentarios sobre este tema con una referencia a las palabras del Profeta Jeremías, en Lamentaciones, donde dice: «Bueno es el Señor con los que esperan en Él, con el alma que lo busca. Bueno es esperar en silencio la salvación del Señor. Bueno le es al hombre llevar el yugo en su juventud. Se sentará solo y guardará silencio, porque lo ha llevado sobre sí. Pondrá su boca en el polvo; quizás aún haya esperanza. Dará su mejilla al que lo hiere; será colmado de reproches. Porque el Señor no desechará para siempre; sino que aunque cause dolor, tendrá compasión según la multitud de Sus misericordias. Porque Él no aflige de buena gana ni entristece a los hijos de los hombres... ¿Quién es el que dice que algo sucede, cuando el Señor no lo ha mandado? ¿De la boca del Altísimo no procede el mal y el bien? ¿Por qué se queja el hombre viviente, el hombre por el castigo de sus pecados? Examinemos nuestros caminos y probémoslos, y volvamos al Señor. Levantemos nuestros corazones con nuestras manos a Dios en los cielos».

Sumisión

*«Óyeme, Dios mío, y si mi labio ha osado
murmurar bajo Tu mano, oh, enséñame ahora*

*a sentir cada pensamiento íntimo desnudo ante Ti,
y esta voluntad rebelde a doblegar con fe.
Aunque lloré desconsoladamente sobre el santuario arruinado,
donde los ídolos terrenales ocupaban Tu lugar exclusivo,
ahora purifica y haz de este templo Tuyo,
y enséñame, Señor, a decir: «¡Hágase tu voluntad!»*

*¿Qué puedo ofrecer que sea mío?
Una juventud de dolor y una vida de pecado.
¿Qué puedo depositar sobre tu santo altar,
una sola esperanza de perdón para el pasado?
Mientras así, suplicante a tus pies, me inclino,
¿Aún me atrevo a elevar hacia ti mis ojos llorosos?
Invoco la promesa de tu palabra, que tú
no despreciarás un corazón quebrantado y contrito.*

*¿Qué te traeré? Un espíritu herido, Señor,
agotado por la lucha, anhelando descanso,
y deseando tu paz, como un pobre pájaro,
*en medio de la tempestad, busca el pecho de su madre,
mi sacrificio, el Cordero que murió por mí;
invoco los méritos de tu Hijo sin pecado;
traigo tus promesas; confío en ti;
con amor castigas; Señor, ¡hágase tu voluntad!*

CAPÍTULO 11. ORACIONES RESPONDIDAS

En el capítulo quince de Juan y el versículo siete, encontramos quiénes tienen sus oraciones respondidas: «Si permanecéis en Mí, y Mis palabras permanecen en vosotros, pedid lo que queréis, y os será hecho» (Juan 15:7). Ahora en el capítulo cuatro de Santiago, en el versículo tres, encontramos algunos de quienes se dice que sus oraciones no fueron respondidas: «Pedís, y no recibís, porque pedís mal» (Santiago 4:3). Hay muchas oraciones que no son respondidas porque no hay el motivo correcto; no hemos cumplido con la Palabra de Dios; pedimos mal. Es algo bueno que nuestras oraciones no sean respondidas cuando pedimos mal.

Si nuestras oraciones no son respondidas, puede ser que hayamos orado sin el motivo correcto; o que no hayamos orado conforme a las Escrituras. Así que no nos desanimemos, ni dejemos de orar, aunque nuestras oraciones no sean respondidas en la forma que queremos.

Un hombre fue una vez a George Muller y le dijo que quería que orara por cierta cosa. El hombre declaró que le había pedido a Dios muchísimas veces que le concediera su petición, pero que Él no había visto conveniente hacerlo. El Sr. Muller sacó su libreta y le mostró al hombre el nombre de una persona por quien, dijo, había orado durante veinticuatro años. La oración, añadió el Sr. Muller, aún no había sido respondida; pero el Señor le había dado la seguridad de que esa persona iba a ser convertida, y su fe descansaba allí.

A veces encontramos que nuestras oraciones son respondidas de inmediato mientras estamos orando; en otras ocasiones la respuesta se demora. Pero especialmente cuando los hombres oran por misericordia, ¡cuán rápidamente viene la respuesta! Miren a Pablo, cuando clamó: «Señor, ¿qué quieres que yo haga?» (Hechos 9:6). La respuesta vino de inmediato. Luego el publicano que subió al templo a orar: recibió una respuesta inmediata. El ladrón en la cruz oró: «Señor, acuérdate de mí cuando vengas en Tu reino» (Lucas 23:42), y la respuesta vino inmediatamente, entonces y allí. Hay muchos casos semejantes en la Biblia, pero también hay otros que oraron mucho tiempo y con frecuencia. El

Señor se deleita en oír a Sus hijos hacer sus peticiones conocidas ante Él, contándole todas sus aflicciones; y luego debemos esperar Su tiempo. No sabemos cuándo es.

Había una madre en Connecticut que tenía un hijo en el ejército, y casi le partió el corazón cuando él se fue, porque no era cristiano. Día tras día elevaba su voz en oración por su muchacho. Después supo que había sido llevado al hospital, y allí había muerto, pero no pudo averiguar nada sobre cómo había muerto. Pasaron los años, y un día un amigo vino a ver a algún miembro de la familia por negocios. Había un retrato del joven soldado en la pared. Él lo miró y dijo: «¿Conoció usted a ese joven?» La madre dijo: «Ese joven era mi hijo. Murió en la última guerra». El hombre respondió: «Lo conocí muy bien; estaba en mi compañía». La madre entonces preguntó: «¿Sabe usted algo sobre su final?» El hombre dijo: «Yo estaba en el hospital, y él murió una muerte muy pacífica, triunfante en la fe». La madre había abandonado la esperanza de oír algo de su muchacho; pero antes de partir de este mundo tuvo la satisfacción de saber que sus oraciones habían prevalecido ante Dios.

Creo que encontraremos muchas de nuestras oraciones que pensamos que no fueron respondidas, respondidas cuando lleguemos al cielo. Si es la verdadera oración de fe, Dios no nos decepcionará. No dudemos de Dios. En una ocasión, en una reunión a la que asistí, un caballero señaló a un individuo y dijo: «¿Ve usted a ese hombre allí? Ese es uno de los líderes de un club de infieles». Me senté junto a él, cuando el infiel dijo: «No soy cristiano. Usted ha estado engañando a esta gente por mucho tiempo, y haciendo que algunas de estas viejas mujeres crean que usted recibe respuestas a sus oraciones. Pruébelo conmigo». Oré, y cuando me levanté, el infiel dijo con mucho sarcasmo: «No estoy convertido; ¡Dios no ha respondido su oración!» Yo dije: «Pero usted puede ser convertido todavía». Algún tiempo después recibí una carta de un amigo, diciendo que él se había convertido y estaba trabajando en las reuniones.

Jeremías oró y dijo: «¡Ah, Señor Dios! He aquí que Tú hiciste el cielo y la tierra con Tu gran poder y con Tu brazo extendido, y nada hay difícil para Ti» (Jeremías 32:17). Nada es demasiado difícil para Dios; esa es una buena cosa

para tomar como lema. Creo que este es un tiempo de gran bendición en el mundo, y podemos esperar grandes cosas. Mientras la bendición cae a nuestro alrededor, levantémonos y participemos de ella. Dios ha dicho: «Invócame, y te responderé, y te enseñaré cosas grandes y ocultas que tú no conoces» (Jeremías 33:3). Ahora invoquemos al Señor; y oremos para que sea hecho por amor de Cristo, no por nosotros mismos.

En una convención cristiana hace varios años, un hombre prominente se levantó y habló, siendo su tema «Por amor de Cristo», y arrojó nueva luz sobre ese pasaje. Nunca lo había visto de esa manera antes. Cuando estalló la guerra, el hijo único del caballero se había alistado, y nunca veía una compañía de soldados sin que su corazón saliera tras ellos. Comenzaron un Hogar para Soldados en la ciudad donde vivía ese caballero, y él gustosamente entró en el comité y actuó como Presidente. Algún tiempo después dijo a su esposa: «He dado tanto tiempo a estos soldados que he descuidado mi negocio», y bajó a su oficina con la firme determinación de que no sería molestado por ningún soldado ese día. La puerta se abrió poco después, y vio a un soldado entrando. No le prestó atención, sino que siguió escribiendo; y el pobre hombre permaneció de pie por algún tiempo. Por fin el soldado dejó un viejo y sucio pedazo de papel en el que había escritura. El caballero observó que era la letra de su hijo, y tomó la carta de inmediato y la leyó. Decía algo como esto: «Querido padre, este joven pertenece a mi compañía. Ha perdido la salud en defensa de su país, y está en camino a su hogar para morir junto a su madre. Trátalo con bondad por amor de Charlie». El caballero dejó inmediatamente su trabajo y llevó al soldado a su casa, donde fue cuidado amablemente hasta que pudo ser enviado a su madre; entonces lo llevó a la estación y lo envió a casa con un: «¡Dios te bendiga, por amor de Charlie!»

Que nuestras oraciones, entonces, sean por amor de Cristo. Si queremos que nuestros hijos e hijas sean convertidos, oremos para que sea hecho por amor de Cristo. Si ese es el motivo, nuestras oraciones serán respondidas. Si Dios entregó a Cristo por el mundo, ¿qué no nos dará? Si dio a Cristo a los asesinos y blasfemos, y a los rebeldes de un mundo sumido en la maldad y el pecado, ¿qué no daría a aquellos que van a Él por amor de Cristo? Que nuestra oración sea que

Dios avance Su obra, no para nuestra gloria, no por nuestro bien, sino por amor de Su amado Hijo a quien Él ha enviado.

Recordemos, entonces, que cuando oramos debemos esperar una respuesta. Estemos buscándola. Recuerdo que al cierre de una reunión en una de nuestras ciudades del sur, cerca del final de la guerra, un hombre se me acercó llorando y temblando. Pensé que algo que yo había dicho lo había perturbado, y comencé a preguntarle qué era. Encontré, sin embargo, que no podía decir una palabra de lo que yo había dicho. «Amigo mío», le dije, «¿cuál es el problema?» Él metió la mano en el bolsillo y sacó una carta, toda manchada, como si sus lágrimas hubieran caído sobre ella. «Recibí esta carta», dijo, «de mi hermana anoche. Me dice que cada noche se arrodilla y ora a Dios por mí. Creo que soy el peor hombre en todo el Ejército de Cumberland. He estado completamente angustiado hoy». Esa hermana estaba a seiscientas millas de distancia, pero había traído a su hermano de rodillas en respuesta a su oración ferviente y creyente. Era un caso difícil, pero Dios escuchó y respondió la oración de esta piadosa hermana, de modo que el hombre era como arcilla en las manos del alfarero. Pronto fue traído al Reino de Dios, todo a través de las oraciones de su hermana.

Me fui unas treinta millas a otro lugar, donde conté esta historia. Un joven, teniente del ejército, se puso de pie de un salto y dijo: «Eso me recuerda la última carta que recibí de mi madre. Me decía que cada noche, al ponerse el sol, oraba por mí. Me rogaba que, cuando recibiera su carta, me apartara a solas y me rindiera a Dios. Puse la carta en mi bolsillo, pensando que habría mucho tiempo». Continuó diciendo que la siguiente noticia que llegó de casa fue que esa madre había muerto. Salió solo al bosque y clamó al Dios de su madre para que tuviera misericordia de él. Mientras estaba de pie en la reunión con el rostro resplandeciente, aquel teniente dijo: «Las oraciones de mi madre son respondidas; y mi único pesar es que ella no vivió para saberlo; pero me reuniré con ella más tarde». Así que, aunque no vivamos para ver la respuesta a nuestras oraciones, si clamamos poderosamente a Dios, la respuesta vendrá.

En Escocia, hace bastantes años, vivía un hombre con su esposa y tres hijos: dos niñas y un niño. Tenía la costumbre de emborracharse y así perder su

empleo. Por fin dijo que tomaría a Johnnie y se iría a América, donde estaría lejos de sus viejos compañeros y donde podría comenzar la vida de nuevo. Tomó al pequeño, de siete años, y se fue. Poco después de llegar a América, entró en una taberna y se emborrachó. Se separó de su niño en las calles, y nunca más ha sido visto por sus amigos desde entonces. El pequeño fue colocado en una institución y después puesto como aprendiz en Massachusetts. Después de estar allí algún tiempo, se volvió descontento y se fue al mar; finalmente vino a Chicago para trabajar en los lagos. Había sido un espíritu vagabundo, había ido por mar y tierra, y ahora estaba en Chicago. Cuando el barco llegó al puerto, en una ocasión, fue invitado a una reunión evangélica. El gozoso sonido del Evangelio lo alcanzó, y se hizo cristiano.

Después de ser cristiano por un tiempo, se volvió muy ansioso por encontrar a su madre. Escribió a diferentes lugares en Escocia, pero no pudo averiguar dónde estaba ella. Un día leyó en los Salmos: «Ninguna cosa buena negará a los que andan en integridad» (Salmo 84:11). Cerró su Biblia, se arrodilló y dijo: «Oh Dios, he estado tratando de caminar en integridad durante meses pasados; ayúdame a encontrar a mi madre». Le vino a la mente escribir de vuelta al lugar en Massachusetts del cual se había escapado años antes. Resultó que una carta de Escocia lo había estado esperando allí durante siete años. Escribió de inmediato al lugar en Escocia y encontró que su madre aún vivía; la respuesta vino de inmediato. Me hubiera gustado que lo vieran cuando recibió esa carta. Me la trajo; y las lágrimas fluían tan abundantemente que apenas podía leerla. Su hermana había escrito en nombre de la madre; ella había sido tan superada por las noticias de su hijo largamente perdido que no podía escribir.

La hermana dijo que durante todos los diecinueve años que él había estado ausente, su madre había orado a Dios día y noche para que él fuera salvo, y que ella viviera para saber qué había sido de él y verlo una vez más. Ahora, dijo la hermana, ella estaba tan sobrecogida de gozo, no solo porque él estaba vivo, sino porque se había hecho cristiano. No pasó mucho tiempo antes de que la madre y las hermanas vinieran a Chicago para encontrarse con él.

Menciono este incidente para mostrar cómo Dios responde la oración. Esta madre clamó a Dios durante diecinueve largos años. Debe haberle parecido a veces como si Dios no tuviera la intención de darle el deseo de su corazón; pero ella siguió orando, y al final la respuesta llegó. El siguiente testimonio personal fue dado públicamente en una de nuestras reuniones celebradas recientemente en Londres, y puede servir para ayudar y animar a los lectores de estas páginas.

TESTIMONIO DE UNA REUNIÓN DE ORACIÓN

«Quiero que entiendan, mis amigos, que lo que declaro no es lo que yo hice, sino lo que Dios hizo. ¡Solo Dios pudo haberlo hecho! Lo había dado por perdido mucho antes. Pero es por la gran misericordia de Dios que estoy aquí esta noche para decirles que Cristo es poderoso para salvar hasta lo sumo a todos los que vienen a Dios por medio de Él».

«La lectura de esas "peticiones" (por la salvación de los bebedores) me conmovió muy profundamente. Parecían ser un eco de muchas peticiones de oración que se han hecho por mí. Y, por mi conocimiento de la sociedad en general, y de la naturaleza humana, sé que en un gran número de familias hay necesidad de alguna petición semejante.

»Por tanto, si lo que voy a contarles alegrará algún corazón cristiano, animará a algún padre o madre piadosos a seguir orando por sus hijos, o ayudará a algún hombre o mujer que se haya sentido más allá del alcance de la esperanza, daré gracias a Dios por ello.

»Tuve muy buenas oportunidades. Mis padres amaban al Señor Jesús, e hicieron todo lo posible por criarme en el camino correcto; y durante algún tiempo pensé que yo mismo llegaría a ser cristiano. Pero me aparté de Cristo, y me alejé cada vez más de Dios y de toda buena influencia.

»Fue en una escuela pública donde aprendí por primera vez a beber. Muchas veces, a los diecisiete años, bebía en exceso, pero tenía un grado de amor propio que me impidió irme completamente al abismo hasta los veintitrés años aproximadamente; pero desde entonces hasta los veintiséis, fui decayendo constantemente. En Cambridge continué avanzando cada vez más en la bebida,

hasta que perdí todo amor propio, y voluntariamente escogí a los peores compañeros.¹ Me alejé cada vez más de Dios, hasta que mis amigos, tanto los que eran cristianos como los que no lo eran, consideraron y me dijeron que había muy poca esperanza para mí. Habían suplicado conmigo toda clase de personas, pero yo "aborrecía la reprensión". Odiaba todo lo que oliera a religión, y me burlaba de todo buen consejo o palabra amable que se me ofreciera en ese sentido.

»Mi padre y mi madre murieron ambos sin verme traído al Señor. Oraron por mí todo el tiempo que vivieron, y en los últimos momentos mi madre me preguntó si no la seguiría para estar con ella en el cielo. Para calmarla y tranquilizarla, le dije que sí. Pero no lo decía en serio; y pensé que, cuando ella hubiera fallecido, sabría ahora mis verdaderos sentimientos. Después de su muerte, fui de mal en peor, y me hundí cada vez más profundamente en el vicio. La bebida se apoderó de mí con más fuerza, y descendí más y más. Nunca estuve "en la cuneta", en la acepción en que generalmente se entiende ese término; pero mi alma estaba tan baja como la de cualquier hombre que vive en una de las casas de hospedaje comunes.

»Fui de Cambridge primero a una ciudad del norte, donde trabajé como aprendiz de un procurador; y luego a Londres. Mientras estaba en el norte, los señores Moody y Sankey llegaron a la ciudad donde yo vivía; y una tía mía que todavía seguía orando por mí después de la muerte de mi madre, vino y me dijo: "Tengo un favor que pedirte". Había sido muy amable conmigo, y yo sabía lo que quería. Ella dijo: "Es que vayas a oír a los señores Moody y Sankey". "Muy bien", le dije; "es un trato. Iré a oír a esos hombres; pero nunca volverás a pedírmelo. ¿Lo prometes?" "Sí", dijo ella, "lo prometo". Fui, y cumplí, según pensé, muy religiosamente mi parte del trato.

»Esperé hasta que el sermón terminó, y vi al señor Moody bajar del púlpito. Se había ofrecido una oración ferviente por mí, y había habido un entendimiento entre mi tía y él de que el sermón se aplicaría a mí, y de que él vendría a hablarme inmediatamente después. Nos encontramos con el señor Moody en el pasillo, y

pensé que había hecho algo muy astuto cuando rodeé a mi tía, antes de que el señor Moody pudiera dirigirse a mí, y salí del edificio.

»Vagué más lejos de Dios después de eso; y no creo que haya doblado mis rodillas en oración durante entre dos y tres años. Fui a Londres, y las cosas empeoraron cada vez más. A veces intentaba refrenarme. Hice muchísimos propósitos. Me prometí a mí mismo y a mis amigos no tocar la bebida. Cumplí mis propósitos durante algunos días, y, en una ocasión, durante seis meses; pero la tentación llegaba con más fuerza que nunca, y me arrastraba cada vez más lejos del camino de la virtud. Cuando estaba en Londres, descuidé mi negocio y todo lo que debía haber hecho, y me hundí más profundamente en el pecado.

»Uno de mis compañeros de parranda me dijo: "Si no te refrenas, te matarás". "¿Cómo es eso?", le pregunté. "Te estás matando, porque ya no puedes beber tanto como solías". "Bueno", respondí, "entonces no puedo evitarlo". Llegué a tal estado que no pensaba que hubiera ninguna ayuda posible para mí.

»El relato de estas cosas me duele; y mientras las cuento, Dios no permita que sienta otra cosa que no sea vergüenza. Les cuento estas cosas porque tenemos un Salvador; y si el Señor Jesucristo salvó incluso a alguien como yo, Él también es capaz de salvarles a ustedes.

»Los asuntos continuaron de esta manera hasta que, al final, perdí todo control sobre mí mismo.

»Había estado bebiendo y jugando al billar un día, y por la noche regresé a mi alojamiento. Pensé que me sentaría allí un rato, y luego saldría de nuevo, como de costumbre. Antes de salir, comencé a reflexionar, y me vino el pensamiento: "¿Cómo terminará todo esto?" "Oh", pensé para mí mismo, "¿de qué sirve eso? Sé cómo terminará: en mi eterna destrucción, ide cuerpo y alma!" Sentía que me estaba matando: mi cuerpo; y sabía demasiado bien cuál sería el resultado para mi alma. Pensé que era imposible que yo fuera salvo. Pero el pensamiento me vino con mucha fuerza: "¿Hay alguna vía de escape?" "No", dije; "he hecho muchísimos propósitos. He hecho todo lo que pude para mantenerme alejado de la bebida, pero no puedo. Es imposible".

"Justo en ese momento vinieron a mi mente las palabras de la propia Palabra de Dios, palabras que no había recordado desde que era un muchacho: «Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todo es posible» (Mateo 19:26). Y entonces vi, en un instante, que aquello que acababa de admitir, como había hecho cientos de veces antes, que era una imposibilidad, era precisamente lo que Dios se había comprometido a hacer, si yo acudía a Él. Todas las dificultades se levantaron en mi camino: mis compañeros, mis circunstancias de todo tipo y mis tentaciones; pero simplemente levanté la vista y pensé: "Es posible con Dios". "Me arrodillé allí mismo, en mi habitación, y comencé a pedirle a Dios que hiciera lo imposible. Tan pronto como oré a Él, con voz muy balbuciente (no había orado en casi tres años), pensé: "Ahora sí, Dios me ayudará". Me aferré a Su verdad, no sé cómo. Pasaron nueve días antes de que supiera cómo,⁷ y antes de que tuviera alguna seguridad, o paz y descanso para mi alma. Me levanté, allí mismo, con la esperanza de que Dios me salvaría. Lo tomé como verdad, y finalmente lo comprobé; por lo cual alabo a Dios.

»Pensé que lo mejor que podía hacer sería ir a buscar a alguien para que hablara conmigo acerca de mi alma, y me dijera cómo ser salvo; porque era un completo pagano, aunque me habían criado tan bien. Salí y busqué por Londres; y esto demuestra lo poco que conocía de la gente religiosa y de los lugares de culto, que no pude encontrar una capilla wesleyana. Mi madre y mi padre eran wesleyanos, y pensé que encontraría un lugar que perteneciera a su denominación; pero no pude. Busqué durante una hora y media; y esa noche estuve en la más absoluta y abyecta miseria de cuerpo y alma que cualquier hombre pueda imaginar o concebir.

»Llegué a mi alojamiento, subí las escaleras y pensé para mí mismo: "No me iré a la cama hasta ser salvo". Pero estaba tan enfermo por la bebida (no había tomado mi cantidad habitual de alimento en la noche), y la reacción fue tan tremenda, que sentí que debía irme a la cama (aunque no me atrevía), o estaría en una condición muy grave por la mañana.

»Sabía cómo estaría por la mañana, pensando: "¡Qué tonto fui anoche!", cuando despertara moderadamente fresco, y me fuera a beber de nuevo, como

había hecho a menudo. Pero de nuevo pensé: "Dios puede hacer lo imposible. Él hará aquello que yo no puedo hacer por mí mismo". Y oré al Señor para que me permitiera despertar más o menos en la misma condición en que me había acostado, sintiendo el peso de mis pecados y de mi miseria. Entonces me dormí. Lo primero en la mañana, tan pronto como recordé dónde estaba, pensé: "¿Me ha abandonado la convicción?" No; estaba más miserable que antes, y (aunque parecía extraño, era natural) me levanté y di gracias al Señor porque me había mantenido ansioso por mi alma.

»¿Alguna vez se han sentido así? Quizás después de alguna reunión o conversación con algún cristiano, o de leer la Palabra de Dios, han ido a su habitación miserables y "casi persuadidos".

Continué durante ocho o nueve días buscando al Señor. El sábado por la mañana tuve que ir a contarles a los oficinistas. Eso fue difícil. Lo hice con las lágrimas rodando por mis mejillas. A un hombre no le gusta llorar delante de otros hombres. De todos modos, les dije que quería llegar a ser, y que tenía la intención de llegar a ser, un cristiano. El Señor me ayudó con esa promesa: «Para Dios todo es posible» (Mateo 19:26).

"Un escéptico bajó la cabeza y no dijo nada. Otro compañero, con quien jugaba al billar, dijo: "¡Ojalá tuviera yo el valor para decir eso mismo!" Mis palabras fueron recibidas de una manera diferente de lo que pensé que serían. Pero el mismo hombre que me había dicho que me estaba matando con la bebida, pasó una hora y media tratando de lograr que yo bebiera, diciendo que yo "tenía melancolía y estaba de mal humor; y que un vaso de brandy o de whisky me haría bien". Trató de lograr que yo bebiera; y al final me volví hacia él y le dije: "Recuerdas lo que me dijiste; estoy tratando de alejarme de la bebida, y de no volver a tocarla". Cuando pienso en eso, me vienen a la mente las palabras de Dios mismo: «Las misericordias de los impíos son crueldades» (Proverbios 12:10).

"Y ahora el Señor me fue atrayendo hasta que el hilo se convirtió en un cable, por el cual mi alma pudo sostenerse. Él me acercó más, hasta que descubrí que Él

era mi Salvador. Verdaderamente Él es "poderoso para salvar hasta lo sumo a todos los que por Él se acercan a Dios". "No debo olvidar decirles que me postré ante Dios en mi miseria, mi impotencia y mi pecado, y le confesé que era imposible que yo fuera salvo; que me era imposible mantenerme alejado de la bebida; pero desde esa noche hasta este momento, nunca he tenido el más mínimo deseo de beber.

»Fue una lucha muy dura, ciertamente, dejar de fumar. Pero Dios, en Su gran sabiduría, sabía que yo habría llegado a la ruina si hubiera tenido que luchar solo contra el deseo abrumador que tenía por la bebida; y Él quitó también ese deseo por completo. Desde ese día hasta hoy, el Señor me ha mantenido alejado de la bebida, y ha hecho que la aborrezca amargamente. Simplemente dije que no tenía fuerzas; ni las tengo ahora; pero es el Señor Jesús quien "es poderoso también para salvar hasta lo sumo a los que por Él se acercan a Dios".

"Si hay alguien que me esté escuchando que haya perdido toda esperanza, ¡venga al Salvador! Ese es Su nombre, porque «Él salvará a Su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21). Dondequiera que he ido, desde entonces, lo he encontrado como mi Salvador. ¡Dios no permita que yo me gloríe! Sería gloriarme en mi vergüenza. Es para mi vergüenza que hable así de mí mismo; pero oh, el Salvador es poderoso para salvar, ¡y Él salvará!

"Amigos cristianos, continúen orando. Ustedes pueden ir al cielo antes de que sus hijos sean traídos al hogar. Mis padres lo hicieron; y mis hermanas oraron por mí durante años y años. Pero ahora puedo ayudar a otros en su camino a Sion. ¡Alaben al Señor por toda Su misericordia para conmigo!

"Recuerden, «para Dios todo es posible» (Mateo 19:26). Y entonces pueden decir como San Pablo: «Todo lo puedo en Cristo que me fortalece» (Filipenses 4:13)».